

**LA “VIDA” COMO PROPUESTA CRISTIANA PARA LOS PUEBLOS DE AMÉRICA
LATINA**

**ESTUDIO A PARTIR DE LAS CONCLUSIONES DE LA QUINTA ASAMBLEA
GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE REUNIDO EN
APARECIDA (2007)**

ESTUDIANTE:

Edward Francisco Poblador Poblador

DOCENTE:

Franklin Buitrago Rojas

**UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
FACULTAD DE TEOLOGÍA
2021**

TABLA DE CONTENIDO

TABLA DE CONTENIDO	2
SIGLAS	3
INTRODUCCIÓN	4
ÁREAS TEOLÓGICAS DENTRO DE LAS QUE SE INSCRIBE ESTA INVESTIGACION	8
OBJETIVOS	9
Objetivo general	9
Objetivos específicos	9
CAPÍTULO I: FUNDAMENTACIÓN BIBLICO-TEOLÓGICA DE LA CATEGORÍA “VIDA” . 10	
1.1. La noción “vida” en el Antiguo Testamento.	10
1.2. La noción “vida” en el Nuevo Testamento	14
1.3 Reflexiones sobre la noción “vida” en la tradición de la Iglesia	22
CAPÍTULO II: LA NOCION “VIDA” EN EL DOCUMENTO DE APARECIDA	28
2.1. La vida como plenitud de la existencia humana ofrecida en Cristo.	28
2.2. La vida nueva en Cristo y con Cristo	31
2.3. La cultura de la vida.	35
2.4. La vida de Jesucristo, anuncio misionero de la Iglesia.	39
2.5. La vida para el Reino de Dios	44
CAPITULO III: LA IGLESIA, PROMOTORA DE LA VIDA EN AMERICA LATINA	48
3.1. La vida en la esperanza	48
3.2. Libertad humana para el Reino de Vida	53
3.3. El Reino de la vida y el progreso humano	57
CONCLUSIONES	62
BIBLIOGRAFÍA	69

SIGLAS

CELAM Conferencia Episcopal de Latinoamérica

CCE Catecismo de la Iglesia Católica.

DA Documento de Aparecida

DCE *Deus Caritas est*

DM Documento de Medellín

EN *Evangelii Nuntiandi*

EV *Evangelium Vitae*

GS *Gaudium et Spes*

PP *Populorum Progressio*

SC *Satis Cognitum*

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo monográfico nace de una motivación teológica y pastoral personal buscando aportar una reflexión sobre la categoría “vida” desarrollada especialmente en el magisterio de los obispos latinoamericanos en la Conferencia Episcopal de Aparecida. La categoría “vida” que aparece en diferentes secciones del documento es presentada como anuncio de esperanza y propuesta de libertad para el pueblo latinoamericano.

Los documentos de las Asambleas Generales del Episcopado Latinoamericano (CELAM) han sido expresión eclesiológica de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, buscando responder a los signos de los tiempos, como expresión del Reino de Dios, en un deseo auténtico de constituir al continente latinoamericano como un signo y lugar de esperanza cristiana y de nueva vida. En esta tarea, la categoría “vida” juega un papel importante. A partir de una lectura del Evangelio y la Tradición, los obispos desarrollan dicha categoría de un modo especial que será objeto de esta monografía. La vida y el Reino de vida, como centro de la predicación y misión de Jesús, buscan constituirse en categoría transversal de los procesos de evangelización de la Iglesia latinoamericana y de la vida cristiana.

Los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida, analizando el desarrollo del pueblo Latinoamericano en décadas recientes proponen reflexiones y respuestas concretas a nivel pastoral y social para un ambiente eclesial en el que son evidentes las problemáticas de desigualdad, pobreza, guerra, explotación ilimitada de recursos, entre otros desafíos políticos, económicos y sociales que enfrenta el pueblo latinoamericano. El episcopado presenta nuevamente a Jesús que predica e invita constantemente a participar de su anuncio y de su testimonio de vida como búsqueda del Reino de la vida. Esta conciencia evangélica debe estar implícita en la mentalidad y el querer de los pastores latinoamericanos y de su pueblo.

El anuncio que quieren dar a conocer los obispos reunidos en Aparecida sobre la vida, debe ser iluminado por el Evangelio para que sea signo de esperanza que guíe a los hombres y mujeres a buscar soluciones a los problemas de la humanidad. El Documento constantemente menciona a Cristo como camino, que se tiene que hacer real y palpable a la luz de las necesidades del continente. Como recordaba su Santidad Benedicto XVI en su Discurso Inaugural de la Conferencia de Aparecida (DA): “Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad” (p. 12).

La centralidad de Cristo, su persona y su mensaje, es evidente en todo el Documento de Aparecida. Cristo siendo el amor total en su entrega, no es indiferente ante la vida de las personas y su realidad, porque es a partir de la misma vida que los seres humanos encuentran su identidad, su razón de ser, “uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura” (DA p. 8). Para que nuestros pueblos tengan vida, es necesario reconocer a Cristo como nuestro salvador que se entrega por amor y que está presente en medio de nosotros siendo “el Dios encarnado, muerto y resucitado para ser Pan de vida” (DA p. 9); que se hace amigo y justiciero de los que sufren, de los pobres y desamparados de los que pierden su vida en vida y quieren volver a Él. Para reconocer a Cristo, los pastores quieren renovar en la Conferencia de Aparecida la evangelización “a fin de que estos pueblos sigan creciendo y madurando en su fe, para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con la propia vida” (DA p. 10).

Este trabajo busca también aportar al estudio sistemático de la categoría “vida”, en el ámbito de la Iglesia latinoamericana. Teniendo en cuenta que la Conferencia Episcopal de

Aparecida tiene lugar en momentos coyunturales, como los cambios políticos y sociales que van en detrimento de la dignidad de la persona. Es por eso que las Conferencias Episcopales del CELAM buscan que los católicos del continente aportemos de manera significativa a la construcción del Reino, y de los procesos de una vida nueva del pueblo latinoamericano. La reflexión de los pastores propende por “[...] una sociedad fundamentada en la justicia y en la paz. Modelada según la imagen del Buen Pastor, (que) debe estar particularmente atento en ofrecer el divino bálsamo de la fe, sin descuidar el ‘pan material’” (DA 550)

Las Asambleas Generales del Episcopado Latinoamericano han implicado cambios importantes en las formas de interpretar la tradición católica, de vivir y practicar los elementos propios del catolicismo. Uno de ellos fue su opción “*ad gentes*”, que constituye y argumenta el más fuerte significado de su acción pastoral, al que se puede hacer referencia en adelante como un elemento apostólico. Otro de los escenarios –quizá uno de los más notables- donde se evidencia el anuncio y el cuidado del Reino de la vida, es en las propuestas eclesiales post-conciliares que precedieron a la V Conferencia reunida en Aparecida. De este modo, los documentos emanados de las Asambleas del CELAM se constituyen en herederos y promotores privilegiados del pensamiento teológico latinoamericano que se construye dentro de un contexto histórico, cristiano y social, así como desde los cambios de pueblos que buscan la libertad y la posibilidad de una vida digna.

De este modo, la reflexión pastoral de la Iglesia juega un papel importante dentro de la evangelización, la predicación del Reino de la vida y la comprensión de los valores humanos que se desprenden de nuestra dignidad de ser hijos de Dios. El Dios que sale al encuentro de las criaturas manifestándose desde la misericordia, la comunión y la solidaridad.

De este modo, el presente trabajo busca analizar la categoría “vida” de acuerdo a lo contenido en la Quinta Asamblea General del Episcopado de América Latina y el Caribe, de manera que a partir de los aportes dados por los obispos latinoamericanos en Aparecida se contribuya a la edificación del Reino predicado por Jesucristo que da la vida, en el contexto de la Iglesia y sociedad latinoamericana en las que urge un anuncio esperanzador y liberador de la Buena Nueva. Buscamos contribuir desde la reflexión teológica y pastoral para que “[...] la salvación aportada por Jesucristo sea luz y fuerza para todos los anhelos, las situaciones gozosas o sufridas (DA 477).

ÁREAS TEOLÓGICAS DENTRO DE LAS QUE SE INSCRIBE ESTA INVESTIGACION

Sistemática: El análisis bíblico-teológico de la categoría “vida” a partir de la Conferencia de Aparecida debe ser comprendida desde la teología sistemática, de manera especial en el ámbito del tratado de Cristología y la reflexión sobre la vida cristiana e instauración del Reino. La reflexión sistemática contribuye para establecer criterios argumentativos y analizar la comprensión de la categoría Reino de vida que es tratada en el contexto de la reflexión teológica del Documento de Aparecida.

Pastoral: El área pastoral desarrollada en Latinoamérica de manera amplia, abarcando diferentes elementos, tanto políticos, económicos, culturales y sociales, partiendo de la respuesta que el CELAM ha dado a los diferentes frentes pastorales de la Iglesia que se encuentran a lo largo del continente, con sus realidades y necesidades particulares que confrontan la vida del hombre y la función de santificar y gobernar en respuesta de la dignidad humana. Desde esta perspectiva pastoral, se toma en cuenta al Pueblo de Dios a la luz de las reflexiones de las Conferencias Episcopales, desarrollado las implicaciones que tiene la categoría “vida” en las expectativas cristológicas de las comunidades eclesiales.

OBJETIVOS

Objetivo general

Analizar las fuentes, contexto, desarrollo y pertinencia teológica, pastoral y social de la categoría “vida” a partir de las reflexiones presentadas por los obispos latinoamericanos en el Documento conclusivo de la Conferencia Episcopal de Aparecida.

Objetivos específicos

- Analizar la fundamentación bíblico-teológica de la categoría “vida” en clave de renovación de la Iglesia Latinoamericana.
- Comprender el significado y las implicaciones de la categoría “vida” a partir de la fundamentación eclesial y pastoral desarrollada presentada por el Documento de Aparecida.
- Inferir la manera en que la Iglesia Latinoamericana desea renovarse para responder a las necesidades del pueblo desde la promoción de la vida.

CAPÍTULO I: FUNDAMENTACIÓN BIBLICO-TEOLÓGICA DE LA CATEGORÍA “VIDA”

1.1. La noción “vida” en el Antiguo Testamento.

La expresión חַיִּי *Haiyy o jai* es la que se aproxima de manera más directa al término *vida*. Esta palabra hebraica tiene diferentes acepciones que se refieren, en términos generales, a la forma en cómo el sustento de la vida se comprende dentro del pensamiento semita. *Haiyy o jai* significa vida en sentido amplio, es decir, las condiciones propicias para existir (Alonso, 1994, pp. 243-246). Al mismo tiempo, los vocablos *Hi*, *Haiyym*, *Yiheyah*, *Mob*, *yehiy* y *Nefesh*, entre otros, hacen alusión a todo tipo de acontecer benéfico para quien existe o respira. La palabra *Haiyy*, se refiere primordialmente a Dios (YaHVeH) como fundamento o sostén sobre el cual se engendra toda vida y bienestar en sentido amplio (Gn 2,27; Job 33,4; Nh 9,6; Jr 38,16).

El término חַיִּי (*Haiyy*) es usado en varias ocasiones a partir del juramento por el que se estipula algo como inquebrantable. El juramento también se declara como no oculto ya que un pacto juramentado es realizado ante Dios (Dt 5; 1 Sm 17; Jr 102 Re 19). La expresión “por la vida” (*Lohim hayyim*) es una sentencia de muerte propia o, más precisamente, de entrega absoluta que implica una promesa, una adoración y un convencimiento total de los sucesos pasados o venideros. El “por la vida” que compete a un acontecimiento pasado es o se comporta como un testimonio que involucra al sujeto en su relato, mientras que jurar lo venidero involucra desde la alianza o pacto hacía el Señor. Llama la atención que el uso frecuente de la expresión חַיִּי en este contexto involucra principalmente a Dios. Quizás por esta razón, se configuró también como un grito de guerra, en donde se da el testimonio de lo que ha acontecido y la certeza de lo que acontecerá.

También se puede ver una evolución de la palabra חַיִּי (*Haiyy*) que se encuentra de forma más explícita en los libros de Job, Ezequiel, Jeremías e Isaías. En estos libros el lugar de la *Haiyy*

deja de estar mediado por la prosperidad para insertarse propiamente en el ser de Dios (Westermann, 1978, p. 768). En otras palabras, con la crisis judía del 560 a.C. y el posterior dominio del imperio Babilónico la concepción de bienestar que tiene la cultura judía sufre una transformación, de modo que la vida (*Haiyy*) empieza a ser comprendida a partir de la comunión con Dios (Job 42,5; Is41, 10). Sin embargo, este cambio en el paradigma de comprensión no implica una ruptura frente a las expresiones antes expuestas, sino una profundización en las ideas de relación y comunión presentes ya en la noción de juramento delante de Dios (Ex 6). El juramento “por la vida” y la idea de “vida” como comunión con Dios expresan un reconocimiento de Aquel que es la vida, Aquel que la otorga y la quita (Job 1). De aquí nace para la fe bíblica una espiritualidad de entrega absoluta y confiada en Dios.

Las expresiones que hacen referencia a la vida aparecen 777 veces en el Antiguo Testamento. De ellas, 493 expresiones tienen a la base el término חַיִּים (*Haiyy*). Los libros del Génesis, Ezequiel y Salmos emplean ampliamente la terminología asociada a este vocablo. La vida de los vivientes como obra de Dios, Padre de todo cuanto respira, es reconocida de forma más constante en Génesis y Salmos. Ezequiel, por su parte, evoca el renacer, revivir o volver a respirar bajo la base del nombre propio de YaHVeH, es decir, Dios como el que recrea o devuelve la respiración, el palpar, vivir, etc. (Ez 36; 1 Re 17,22; Job 14,14).

Otras expresiones que guardan como raíz la palabra חַיִּים tienen que ver con la actividad del viviente, por lo que la *Haiyy* designa las acciones que atestiguan la vida el hombre, como por ejemplo el cultivar, el restaurar o el cuidar que son oficios propios de quien vive. El movimiento y la acción son propias de la persona que se encuentra con vida e incluso la expresión conservar la vida implica seguir ejerciendo una actividad particular por parte del que está vivo. Con frecuencia, estas actividades se realizan en beneficio de otros (Chávez, 1997, p. 189).

Aunque muchas veces, los textos sagrados insisten en que un patriarca o profeta “vivió muchos años” (Gn 5; 9; 25) como signo de bendición divina, encontramos otras expresiones que denotan que el tiempo de vida no es lo que importa (Sal 90,10; 1Sam 2,6; Sal 39). En estos pasajes, la extensión de la vida hace más referencia al legado que a la longitud. Dentro de este simbolismo se comprende el valor del hombre que se entrega a Dios.

En todo caso, la expresión חַיִּי (*Haiyy*) aparece siempre en referencia a Dios como principio y al servicio como la acción propia del que vive. Sin embargo, la vida es un momento. El libro del Eclesiastés expresa que existe un tiempo para nacer vivir y otro tiempo para morir (Ecl. 3, 1-8). La vida plena no es un perdurar o un sobrevivir, sino un ser en Dios, en el servicio, en su voluntad (Tapia, 2008, p. 3).

Así, a lo largo del Antiguo Testamento, encontramos un constante anuncio de la vida unido a la promoción de la dignidad humana. La vida es respuesta esencial que orienta hacia los bienes futuros, por eso el valor de la vida trasciende desde el respeto y el cuidado de la misma. El Dios viviente que se hace siempre presente en la historia desde la creación, hace un llamado a la vida eterna como finalidad, como esperanza de plenitud de la vida. En este sentido, la vida adquiere un sentido profundo, no solo para el hombre, sino para el plan salvífico de Dios, que involucra inmediatamente a todos los seres que buscan una nueva vida. “El hombre persigue con una esperanza infatigable, un don sagrado en el que Dios hace brillar su misterio y su generosidad” (León, 1973, p. 942).

En el Antiguo Testamento también encontramos diferentes referencias a la vida en contraposición a la muerte, comprendida como pérdida del sentido vital. Dichas referencias van más allá de las situaciones de angustia, dolor y enfermedad, superadas gracias a una respuesta del hombre en profunda comunión con Dios. “Me han dicho que en Egipto hay trigo. Id allá y comprad

trigo para nosotros, para que podamos seguir viviendo.” (Gn 42, 2). “Acercas de Rubén dijo: ¡Viva Rubén! ¡Que no muera, aunque sean pocos sus hombres! (Dt 33. 6). La Sagrada Escritura nos presenta hombre y mujeres que quieren superar las adversidades, tienen la capacidad de decidir y sobrevivir frente a las mismas, viendo en la vida no solo una respuesta física, motora o biológica, sino también una vida sana, plena, llena y completa dirigida a Dios: “Pero cuando le contaron todo lo que José les había dicho, y cuando vio las carretas que José había mandado para llevarlo, se entusiasmó en gran manera” (Gn 41, 27).

Un elemento asociado con frecuencia a la vida en el Antiguo Testamento es el agua, considerada como fuente de vida. Esto se comprende aún más en zonas desérticas donde el agua es escasa. El agua adquiere un sentido simbólico muy importante como transmisora de vida. “Mi pueblo ha cometido un doble pecado: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron sus propias cisternas, pozos agrietados que no conservan el agua” (Jr 2, 13). Todo lo que tiene movimiento es considerado vivo, por tanto, el agua de las fuentes o los manantiales es considerada fuente de vida porque alrededor de ella todo fluye, nace y se sostiene. El primer movimiento que se realiza en las Sagradas Escrituras es el de Dios como creador: “todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas” (Gn 1,1). El Dios de la vida que se pone en movimiento para crear hace que su creación se mueva para generar vida y que no sea detenida por la muerte.

El simbolismo del agua como fuente de la vida es aplicado a Dios. Las Sagradas Escrituras afirman constantemente que Dios es vida por excelencia y que Él es la fuente de vida. Esta permanencia de la vida en Dios contrasta con la vida en las creaturas: “la vida creada es frágil y perecedera, si bien preciosa a los ojos de Dios” (León, 2002, p. 589). La preciosidad de la vida a los ojos de Dios se manifiesta especialmente en la vida de los hombres. En esto consiste

comprender el plan salvífico a partir de las bendiciones dadas por Dios a su pueblo, así como la corresponsabilidad ante la vida otorgada por Dios a través de la alianza y el cumplimiento de los mandamientos. “Dios es la fuente de la vida (Sal 36, 10): cuando se habla de Él como del viviente se piensa en su actividad, sus intervenciones, su presencia eficaz” (Fernández, 2007 p. 1640). La vida, no solo en su dimensión terrenal, sino eterna va encaminada hacia la salvación. La categoría “vida” reúne la bendición y la prosperidad de los pueblos y las familias que aceptan y realizan la voluntad de Dios.

1.2. La noción “vida” en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento la palabra que más se acerca a la realidad del חַיִּי (*Haiyy*) es ζωή (*Zoé*). En el evangelio de Juan, por ejemplo, ζωή (*Zoé*) es la palabra que emplea Cristo cuando hace referencia a sí mismo como el Pan de la vida *ὁ ἄρτος τῆς ζωῆς* (Jn 6,35). La expresión *zoé* quiere decir por tanto *vida*. Esto implica desde el pensamiento hebraico una comprensión de lo expuesto en la sección anterior, es decir, vida en sentido de Dios como fuente y finalidad de la misma. Por eso, el que Cristo sea llamado “Vida plena” en el evangelio de Juan tiene una gran riqueza teológica. De aquí podemos inferir las características de Aquel que da la vida, o más bien de Aquel que es la vida.

Si en el Antiguo Testamento Dios da vida desde la acción creadora, en el Nuevo Testamento vuelve a darla desde su Hijo. Da vida nueva a lo que se había corrompido por el pecado. Encontramos una continuidad del plan salvífico de Dios en su Hijo Jesucristo quien afirma “Yo soy la vida” (Jn 11,25). El término que se utiliza en este pasaje joánico para referirse a la vida es *zoé* (*zên*), “vida física del hombre”. En otros textos se encuentra el término *psyché* (alma viviente). Estos dos términos se refieren a la existencia terrenal que tiene su fin en la muerte, como una realidad transitoria limitada por la caducidad de los hombres.

Sin embargo, Jesús anuncia la vida porque es el que vive después de la crucifixión. Encontramos en el apóstol San Pablo una reinterpretación de la vida a partir de Cristo que vence la muerte: “Para eso murió Cristo y volvió a la vida: para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos” (Rm 14, 9). En la Segunda Carta a los Corintios afirma: “Es cierto que fue crucificado como débil, pero vive por el poder de Dios. De la misma manera, nosotros participamos de su debilidad; pero unidos a él, y por el poder de Dios, viviremos para servirlos” (13, 4). Esa unidad con Cristo se da al comprender la vida como un bien supremo que corresponde al Reino de Dios y su justicia.

Para el discípulo de Cristo que quiere seguir a su maestro la norma es muy concreta: negarse a sí mismo y tomar su propia cruz (Mt 16, 24). Una cruz que también pesa sobre el cuerpo, incluso hasta exigir a veces su sacrificio para dar testimonio en favor del reino (Mt 23, 3; 10, 23; etc.) y para servir en el amor a los hermanos (Jn 12, 34; 10, 23). (Pacomio, L., Arduoso et al, 1983, p. 621)

La vida de la que se habla en el Nuevo Testamento es un don salvífico de Dios que muestra al hombre el camino de la salvación más allá de la muerte: “porque la puerta y el camino que conducen a la vida son estrechos y difíciles, y pocos los encuentran” (Mt 7, 14). Precisamente por ser estrecho el camino y la puerta hacia la salvación, Jesús se hace vida. Él es quien anuncia vida, y, al mismo tiempo, es principio de vida. Todo lo que procede del Padre se renueva en Cristo, porque “Dios no es un Dios de muertos sino de vivos” (Mc 12, 27). Es por eso que Cristo en su vida pública y en sus milagros cura y devuelve la vida, la dignidad y su lugar a los que han sido apartados o excluidos, muertos en vida:

Él mismo cura y devuelve la vida como si no pudiera tolerar la presencia de la muerte: si hubiera estado allí, Lázaro no habría muerto (Jn 11, 15.21). Este poder de dar la

vida es el signo de que tiene poder sobre el pecado (Mt 9,6) y de que aporta la vida que no muere, la “vida eterna”. (León, 1972, p. 945)

En el Nuevo Testamento encontramos que en el Padre y en Jesús está la vida: vida desde la eternidad y desde antes de la creación. Reconociéndose Él como el Hijo que da la vida, siendo el Verbo encarnado, porque al ser vida es el camino hacia la verdad que procede del Padre. Por eso, en Jesús está la vida en abundancia. “Él es la resurrección y la vida (Jn 11, 24). Luz de la vida (8, 12), da un agua viva que el que la recibe se convierte en una fuente que brota en vida eterna (4, 14)” (León, 1972, p. 945).

Cristo viene al mundo para salvarlo y mostrar a los hombres el camino hacia la vida en el Padre que no solo prescinde de hacer el bien sino devolvernos la vida. Estar lejos de Dios, es estar como muerto: “Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; ¡se había perdido y lo hemos encontrado!’ Y comenzaron, pues, a hacer fiesta (Lc 15, 24). “Vivir es nutrirse de su Palabra, es poner enteramente en él la preocupación de su alma” (León, 2002, p. 590).

La acción de Cristo es su vida en sí misma. Acción que se desarrolla en una lucha constante de la vida contra el pecado y la muerte:

Aquí se da la necesidad de tomar parte de los sufrimientos corporales de Cristo, para que su vida triunfe también en el cuerpo mortal del discípulo; de aquí sobre todo la necesidad de estar dispuestos a sacrificarlo todo, incluso los propios miembros y la vida presente para poder ganar a Cristo y la vida presente. (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 621)

Jesús hace el bien manifestando una nueva vida que brota del amor de Dios. Pero Cristo no solo anuncia, sino que también da el ejemplo de esa vida desde su existencia, su pasión y muerte,

promoviendo el amor y la confianza en el Padre, siendo el pastor que da la vida por sus ovejas y quien las llama al seguimiento. “Jesucristo muerto y resucitado, es el príncipe de la vida y la Iglesia tiene como misión anunciar osadamente al pueblo esta vida: tal es la primera experiencia cristiana” (León, 1972, p. 945).

El Apóstol Pablo invita a los creyentes a vivir en Cristo, quien participando de la vida de Dios no muere, sino que retorna de la muerte para vivir en el Padre. “Vosotros habéis muerto, y ahora vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3). Dando vida en la fe que se actualiza en Cristo para convertir nuestra muerte en una auténtica salvación: “Si con tu boca reconoces a Jesús como Señor, y con tu corazón crees que Dios lo resucitó, alcanzarás la salvación.” (Rm 10, 9)

En el Nuevo Testamento también encontramos la idea de que la vida es realmente vida plena cuando es eficaz. “Lo que no es eficaz está muerto; ésta es la convicción que brota de las afirmaciones sobre la fe inactiva (Sant 2, 17.20.26; Ap 3, 1s) Se llama vivo a lo que tiene energía y repercute en la realidad (La Palabra de Dios: Heb 4, 12; Hech, 7,38; el Espíritu: Jn 6, 63; la esperanza: 1 Pe 1, 3)” (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 620). Algo tiene vida cuando se mueve, cuando fluye la vida y se goza de salud y bienestar. Es allí donde entra a actuar Jesús con sus milagros, quien pone en movimiento a los que se encuentran enfermos y muertos, porque la vida es un bien supremo en lo terrenal.

La vida física del hombre se manifiesta por el poder que Dios da. “La subsistencia segura viene del espíritu de vida (*pnuma zoês*) que Dios concede. Dios es realmente el viviente no sólo en el sentido que tiene originalmente la vida, sino que posee inmortalidad y vive por eso eternamente” (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 620). Él puede dar la vida y quitarla, siendo juez de vivos y de muertos. El Nuevo Testamento reconoce a Cristo como el “flujo vital” que nace

de Dios y llega a los hombres, quien por amor al Padre y a los hombres da su vida para recuperarla de nuevo se convirtió en “el primogénito de entre los muertos” (Col 1, 18; Ap 1, 15), el príncipe de la vida (Hech 3, 15), el espíritu vivificador (*pneûma zoopoioûn*: 1 Cor 15, 45); en efecto, él ha venido entre los hombres para darles la vida” (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 620).

La acción concreta de Cristo es dar vida con su propia vida, anunciándola como la única y auténtica vida, poniéndola por encima del alimento y del mismo sábado: “más que el alimento” (Mt 6, 25), “salvar una vida “es más importante que el día de descanso (Mc 3, 4). Cristo pone su poder dado por el Padre al servicio de los que pierden la vida. Los sinópticos recogen 22 relatos detallados de curaciones y unos 12 pasajes que mencionan curaciones colectivas. Se advierte una tensión profunda entre Cristo y la muerte que retrocede delante de Él: si él hubiera estado presente, Lázaro no habría muerto: Jn 11, 15-21 (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 621).

El Cuarto Evangelio y los escritos joánicos son ampliamente citados en el Documento de Aparecida al desarrollar el tema de la vida y el Reino de la vida. Para la teología joánica, Jesús es quien da la vida auténtica y es la misma vida. Por eso, hace una insistente invitación a vivir en Cristo “Y Jesús les dijo: –Yo soy el pan que da vida. El que viene a mí, nunca más tendrá hambre, y el que en mí cree, nunca más tendrá sed” (Jn 6, 35). La vida en Cristo es una vida dada por el Padre, pero retorna de nuevo a Él para darla en abundancia: “pero el que beba del agua que yo le daré, jamás volverá a tener sed. Porque el agua que yo le daré brotará en él como un manantial de vida eterna” (Jn 4, 14). Por eso, Juan insiste en que la plenitud de la vida se desarrolla en el creer y el amar a los hermanos para no permanecer en la muerte y encontrar así el camino en Cristo “Él es el verdadero camino hacia el Padre, quien tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna (cf. Jn 3, 16)”.

“El evangelio de Juan subraya que el poder de la vida que le compete originariamente al Padre (5, 26a) le ha sido entregado al Hijo (5, 26b), de modo en cuanto a enviado de Dios transmite la vida (6, 57) y puede llevar a cabo el juicio en lugar de Dios (5, 25ss.)” (Fernández, 2007 p. 1640). Vida que en Juan se manifiesta como uno de los ideales del hombre y es lograr conseguirla. “El cristiano debe estar decidido a perder la propia vida con tal de poseer la vida eterna: “El que ama su vida, la perderá; pero el que desprecia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna” (Jn 12, 25)” (Fernández, 2007 p. 1293).

Para Juan la vida viene de Dios porque Él es el origen de todas las cosas. La nueva vida que Cristo otorga debe entenderse desde una nueva existencia que procede del Padre. Los hijos de Dios son hijos de la luz. “Jesús volvió a enseñar a la gente diciendo: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12)” (Fernández, 2007 p. 1293). Por eso, para Juan, la vida de Cristo es vivir para hacer la voluntad del Padre, siendo Él quien da la vida material y espiritual, quien ha venido para que todos tengamos vida y la tengamos en abundancia. “Por medio de él, Dios hizo todas las cosas; nada de lo que existe fue hecho sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad” (Jn 1, 3-4).

Para Juan la vida en Cristo es ir hacia Él, que es agua, es pan (alimento), es resurrección, es palabra, todo aquello de lo que carece el hombre y que quiere buscar en una nueva vida, pero no solo física sino espiritualmente. Él es el alimento que no se agota; el manantial que no se seca y la palabra que trasciende en la historia porque todo lo que viene del Padre y del Hijos eterno. “La vida que nos da Jesucristo es la vida eterna (Jn 5, 24), una vida espiritual, la vida de la gracia; una vida que radica en el tiempo con una proyección eterna que poseemos ya y que eternamente seguiremos poseyéndola (Jn 5, 24)” (Fernández, 2007 p. 1293). La vida que tenemos y queremos se adquiere por la fe que tengamos en Jesucristo, quien es el camino y la vida, porque el que no

tenga la fe y la certeza de creer permanece en la muerte como lo anuncia Juan: “Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también el Hijo del hombre ha de ser levantado, para que todo el que cree en él tenga vida eterna” (3, 14-15).

La teología joánica también expresa la vida nueva en términos de nuevo nacimiento. “El nacimiento de arriba o el nacimiento del agua y del Espíritu es el que introduce al hombre en el reino de Dios, en el mundo de lo divino: “Jesús le dijo: Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Jn 3,3)” (Fernández, 2004 p. 1015). El nacer de nuevo en la vida cristiana se ve reflejado como una existencia escatológica, es decir, una vida a partir de Cristo que se une a la historia de los hombres como verdad y como vida. Una característica de esta comunión es el amor mutuo. “Ahora bien, si los hermanos o los amigos de Jesús pueden amarse mutuamente es porque ellos, a través de la palabra del Revelador aceptada en la fe, han dejado tras de sí el juicio y el mundo” (Fernández, 2004 p. 1015).

Para entrar a la vida del Padre es importante tener la fe puesta en Jesús, que mueve hacia la gracia en el tiempo presente, desde las promesas que se han cumplido y las que faltan por realizar. “El futuro con Dios es vida y salvación para quien sepa tomar el ahora como el presente de Dios y como la hora de la salvación. Él es juicio para quien no acepta el hoy de Dios y se aferra a su propio presente” (Fernández, 2004 p. 1016). Aceptar el presente es aceptar la gracia y la conversión que Dios quiere para la vida de los hombres desde la realidad de su palabra, siendo el presente el tiempo de la libertad y la decisión que profesamos por nuestra fe: “Tus palabras dan Vida eterna” (Jn 6, 68).

“Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1, 14), verdadero Dios y verdadero hombre, prueba del amor de Dios a los hombres” (DA 102). La respuesta del hombre a Dios por la vida tiene que ver con su realidad y su búsqueda de realización. La respuesta no es tanto una

decisión puntual sino un estilo de vida; es lo que realmente se convierte importante para el hombre que quiere una vida, un encuentro con lo terrenal y al mismo tiempo con lo divino. El hombre se realiza por que ve en la vida que da Dios un encuentro con Jesús, con su palabra y con su vida.

En el encuentro de fe con el inaudito realismo de su Encarnación, hemos podido oír, ver con nuestros ojos, contemplar y palpar con nuestras manos la Palabra de vida (cf. 1 Jn 1, 1), experimentamos que el propio Dios va tras la oveja perdida, la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del padre que sale al encuentro de su hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino de la explicación de su propio ser y actuar. (DA 242)

El escuchar de boca de Jesucristo que Él es la resurrección y la vida, tiene palabras de confrontación de lo que el hombre quiere y merece, porque para la humanidad puede ser una oferta ya sea para bien o para mal. Ese “Yo soy la resurrección y la vida se convierte para el hombre en un acontecimiento envolvente que lleva a la participación de cuantos se adhieren a él en participantes de su misma vida” (Fernández, 2004 p. 1019).

Frente a la vida terrena, hay un acontecimiento que se debe afrontar con fe y es la muerte y es que ella es superada por Cristo, quien, la anuncia y la supera, vencéndola para renovar la vida del hombre viejo y volvernos hombres nuevos, Cristo constantemente invita a estar muertos al pecado para vivir como hijos de Dios. “La muerte lleva al creyente a la libertad de los hijos de Dios. Ella traslada a los cristianos en la lejanía de Cristo en la existencia terrena a la vida plena en él” (Fernández, 2004 p. 1019). Por eso, la vida de Jesucristo es una entrega radical de sí mismo por toda la humanidad para que toda persona por su muerte se salve y mueran al pecado y de esta

forma participar de la resurrección como hijos predilectos de Dios, posibilitando y superando al pecado y dando nueva vida a toda la humanidad.

“Identificarse con Jesucristo es también compartir su destino: “Donde yo esté estará también el que me sirve (Jn 12, 26)” (DA 140). Y el destino de Jesucristo es que él nos da vida en el Padre, por eso debemos tener al Hijo que nos da la vida en el Padre. Pero no se ve la vida como algo obligado a dar, o como un bien, sino como una vida en la fe que invita a participar de ella: “Os escribo esto a vosotros que creéis en el Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (Jn 5, 13), siendo la plenitud de la vida dada por Cristo en el encuentro con Él, porque es la fuente y tiene palabras que llevan a la eternidad.

1.3 Reflexiones sobre la noción “vida” en la tradición de la Iglesia

En los primeros siglos del cristianismo, con el surgimiento de la reflexión patrística en contexto helenista, la fe cristiana comienza a incorporar con mayor claridad las ideas filosóficas que están en favor de la inmortalidad natural del alma. Esto supone acentos nuevos frente a la antropología semita y frente a la noción de vida que encontramos en diferentes pasajes bíblicos. La teología patrística “lo hace bajo el influjo del pensamiento platónico, para el que el alma es esencialmente fuente de movimiento o también, como puede leerse en el Fedro (246 A), automotora” (Pacomio, L., Arduoso et al, 1983, p. 624). Sobre lo anterior, los griegos llegaban a concluir que el alma estaba provista de vida por que naturalmente se mueve por sí misma. De esta noción se llega a la idea de que el alma es naturalmente inmortal. El pensamiento de los primeros siglos, era claramente dualista, el cuerpo no era tan irrelevante; solamente importaba el alma. Es en ella donde se encuentra la esencia de lo que es el hombre. “Consiguientemente la vida propiamente humana es la vida del espíritu y su plena expresión hemos de esperarla para el momento en que el alma haya podido liberarse del cuerpo” (Pacomio, L., Arduoso et al, 1983, p. 625).

A este influjo del pensamiento platónico y neoplatónico en el cristianismo de la era patristica, se sumarán las ideas de origen aristotélico que entrarán con fuerza entre los teólogos del periodo escolástico. Alrededor del siglo XIII, empiezan a aparecer estas nuevas definiciones que “se sitúan en el interior de la teoría característica del aristotelismo, según la cual la materia y la forma constituyen los dos principios: El alma es el acto o la forma de un cuerpo organizado, que tiene vida en potencia (cf. *De anima* II. 1. 421b, 4)” (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 625).

El pensamiento aristotélico, nos muestra la relación de la forma con la materia. Siendo el alma racional una forma inmaterial, ella introduce la supervivencia del hombre más allá de la muerte. Dicha inmortalidad del alma humana queda atestiguada por la capacidad que tenemos de realizar operaciones intelectuales, es decir, no ligadas necesariamente a la materia.

En conclusión, los teólogos de la escolástica se las tenían que ver en un dilema aparentemente insoluble: “No se puede seguir a Platón en su demostración de la sustancialidad del alma sin poner en peligro la unidad del hombre; ni se puede seguir a Aristóteles en su demostración de la unidad del hombre sin poner en peligro, con la sustancialidad del alma, su inmortalidad.” (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 625).

Santo Tomás resuelve esta dificultad conservando los principios y la terminología de Aristóteles, pero logrando superar las dificultades por las que pasaba el pensamiento aristotélico. Para el Aquinate, la dimensión corpórea espiritual del ser humano se comprende: “reconociendo en el alma humana una forma que posee y confiere la sustancialidad a la materia corpórea” (S, Th. I, q. 75-76). Por consiguiente, el hombre “no es su cuerpo, ya que el cuerpo no subsiste más que por el alma; es la unidad de un alma que sustancializa a su cuerpo y de un cuerpo en el que esa alma subsiste” (Pacomio, L., Arduzzo et al, 1983, p. 626). Solo así se comprende en su integralidad

la vida humana con todas sus dimensiones y características propias. La vida es vida del alma racional pero también plenitud de vida del cuerpo. Por eso, la esperanza escatológica cristiana es una esperanza en la resurrección en cuerpo y alma. La salvación predicada por el cristianismo no puede ser una salvación espiritualizante sino una salvación integral que comprende todas las dimensiones de lo auténticamente humano.

A lo largo de la historia de la teología no fue fácil mantener la integralidad y el equilibrio logrados por el pensamiento de Santo Tomás. “Baste aludir al dualismo cartesiano, que tan pesadamente a condicionado el pensamiento moderno, llevándolo a oscilar entre la insignificancia del cuerpo y la insignificancia del espíritu” (Pacomio, L., Arduoso et al, 1983, p. 626). Llegamos así a la Modernidad con una tendencia enfatizar o bien la dimensión intelectual-racional del ser humano o su dimensión corpórea-material con visiones consecuentes de aquello en lo que consiste una vida humana plena.

El Concilio Vaticano II supo mantener, frente a estas corrientes disgregadoras del ser humano, una antropología unitaria basada en la Sagrada Escritura y en el personalismo sintetizado en el pensamiento del Aquinate. Podemos referirnos especialmente a la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, que tiene como eje principal al hombre entendiéndolo como “un ser integral, en la unidad de cuerpo y de alma, corazón y conciencia, entendimiento y voluntad” (GS n. 3).

La noción “vida” ha sido importante en la reflexión cristiana no solamente para comprender al ser humano, también para entender la naturaleza y la misión de la Iglesia. El fundamento de la vida de la Iglesia es Jesucristo quien la funda y la sostiene hasta el fin de los tiempos. La Iglesia surge por la vida de Cristo que se entrega en la cruz. La Iglesia es y siempre ha sido el fruto de toda la vida de Jesucristo. Es decir que tiene una acción salvífica por su muerte y resurrección, salvación que se da en una nueva vida. “La Iglesia debe su existencia al don que él ha hecho de su

vida sobre la cruz” (CCE, 1984). La existencia de la Iglesia que se sostiene por la vida nueva que viene de Cristo y es otorgada en el Espíritu Santo como don a los discípulos.

El papa León XIII recordaba que la Iglesia, dado que recibe su existencia de la vida de Cristo, es Cuerpo de Cristo y, como todo cuerpo, está en movimiento, tiene y da vida. “Porque la Iglesia es un cuerpo visible a los ojos; porque es el cuerpo de Cristo, es un cuerpo vivo, activo, lleno de savia, sostenido y animado como está por Jesucristo, que lo penetra con su virtud” (SC 4). Es una obra que por su acción y su gracia se mantiene viva, porque debe y tiene la responsabilidad de anunciar la vida que tiene en Jesucristo.

La vida para la Iglesia no es solamente un término o una definición, porque la Iglesia no es una institución hecha a la medida de los deseos del hombre. La vida en la Iglesia es y debe ser un todo, que provee al hombre en todas sus dimensiones de una vida en Jesucristo. “La Iglesia no es una especie de cadáver; es el cuerpo de Cristo, animado con su vida sobrenatural. Cristo mismo, jefe y modelo de la Iglesia, no está entero si se considera en Él exclusivamente la naturaleza humana y visible” (SC 4). Esta naturaleza, que se da por el don de la vida que Cristo realiza en todos, impulsa a la Iglesia a anunciar y predicar la voluntad del Padre de darnos vida eterna en su Hijo, restaurando toda ruptura entre Dios y los hombres, dándonos una nueva vida.

La Iglesia como nuevo Pueblo de Dios, debe comprender la realidad de cada uno de los hombres de su tiempo, porque a ellos anuncia la vida. El pueblo de Dios debe ser escuchado para poder recibir el anuncio, desde su realidad humana en todas sus dimensiones. La Iglesia es pueblo animado por la fe, esperanza y caridad, que quiere unirse íntimamente a Dios que transforma toda nuestra vida comunitaria. Por eso, es:

(...) esencial en la Iglesia que en ella puedan ser vividas y compartidas la fe, la esperanza y la caridad, y para que esa comunión, habiendo alcanzado el «corazón» de cada creyente, se extienda también a un plano de realización comunitaria objetivo e institucional. La Iglesia está también llamada a vivir, en este plano social, en la memoria y la espera de Jesucristo, y a anunciar la buena nueva a todos los hombres.

(SC 5)

La vida en la Iglesia se nos da al ser constituidos Pueblo de Dios, pueblo que reafirma su fe y su esperanza en el cumplimiento de las promesas de Dios hechas a toda la humanidad. La Iglesia proclama la esperanza que se da en la memoria, la tradición y en la espera de las promesas futuras. “El nuevo pueblo de Dios no tiene genio propio que hacer valer, imponer o proponer al mundo, sino que sólo puede comunicar la memoria y la espera de Jesucristo” (León XIII, 1896). “Ya no soy yo el que vive, sino que Cristo es el que vive en mí” (Gal 2, 20).

El Pueblo de Dios, posee la vida dada en el Espíritu Santo para que anuncie la Buena Nueva, predicando al Resucitado que vive en su Iglesia a la que confió la misión de ser signo de esperanza para todos los hombres. “En efecto, los hombres serán conducidos a su Salvador por la vida, el testimonio y la acción cotidiana de los discípulos de Cristo” (León XIII, 1896). Y es que la vida se da en la verdad, en el amor a Dios, siendo signo de salvación para los pueblos.

En efecto, no se podría limitar la Iglesia a su sola dimensión terrestre y visible. Mientras que camina en la tierra, las fuentes invisibles de las que vive y por las que se renueva sin cesar están «donde Cristo está sentado a la derecha de Dios, donde la vida de la Iglesia está escondida con Cristo en Dios, hasta que [la Iglesia misma] aparezca con su Esposo en la gloria (cf. Col 3,1-4)». (León XIII, 1896)

La vida de la Iglesia consiste en la vida recibida Cristo a partir de su entrega total por amor a Dios y a toda la creación. Por eso, la vida humana debe ser considerada sagrada y la Iglesia lucha porque la relación de la vida con la creación se conserve y se cuide. “Porque desde su inicio, la vida humana es fruto de la acción creadora de Dios y permanece siempre en una especial relación con el Creador, su único fin. Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término” (CCE 2258).

Por eso, para la Iglesia debe primar siempre el respeto y la promoción de la vida, como don divino, que tiene que luchar contra todo lo que va en contra de ella. “Y yo os prometo reclamar vuestra propia sangre [...] Quien vertiere sangre de hombre, por otro hombre será su sangre vertida, porque a imagen de Dios hizo él al hombre” (Gn 9, 5-6). De aquí que la ley es insistente en el amor al prójimo y el cuidado de la vida, porque no se puede ni se debe quitarle su dignidad. “No quites la vida del inocente y justo” (Ex 23, 7).

CAPÍTULO II: LA NOCION “VIDA” EN EL DOCUMENTO DE APARECIDA

2.1. La vida como plenitud de la existencia humana ofrecida en Cristo.

El Documento de Aparecida afirma que la “vida” es una propuesta de Jesucristo para nuestros pueblos. Esto se manifiesta en la misión fundamental de Jesucristo que consiste en la oferta de una vida plena para todos. En esa oferta se hace participe la Iglesia desde su misión, que es comunicar la vida de Cristo a todas las personas. Por eso, según el Documento de Aparecida la vida es el fundamento que se manifiesta cuando el Dios de la vida se hace hombre y nos anuncia su Reino en el encuentro con el otro. “Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida (cf. Jn 15, 5-15) y sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68)” (DA 131). Por eso, anunciar y vivir el encuentro con Cristo en Latinoamérica debe ser un impulso para la evangelización, para seguir creciendo y madurando en la fe, para tener vida en Cristo.

La promoción humana por medio de la evangelización se da como una oportunidad de progresar, trabajar, aprender, servir y ayudar a quien lo necesita. El cuidado y contacto con la naturaleza y el bien común al que todos los pueblos quieren llegar es parte del ideal humano de la felicidad y la dignidad. Jesucristo trae una propuesta clara para los pueblos: la oferta de una vida plena para todos. Esta oferta de vida en Cristo tiene que ser atractiva para cada hombre y mujer de América Latina.

La “vida” en el Documento de Aparecida no solo se limita a lo biológico. Lo que propone el Documento es una defensa de la vida como realidad llamada a la plenitud. Por eso, se debe promover la identidad propia del hombre que le permite desarrollar cualidades y estilos que le ayuden a crecer “en la convivencia cotidiana, en la familia y en la sociedad, y no por vías

equivocadas” (DA 49). Fortaleciendo y abriendo caminos hacia la gracia, Cristo restablece la relación desde los valores, las virtudes y la libertad de los pueblos para alcanzar la dignidad por ser hijos de Dios.

Tener vida en nuestros pueblos es también creer en la salvación que viene de Dios por nuestro bautismo, por la redención de nuestros pecados en la Cruz y por la misma Resurrección que nos da nueva vida. Este acontecimiento ha creado una nueva relación de Dios con sus discípulos y misioneros (DA 10). Porque quien quiere conocer a Cristo debe entender que Él se da a conocer en su vida, en sus obras, en su persona y en la Palabra de Dios. Las vidas de nuestros pueblos necesitan ser iluminadas desde Cristo. Su vocación y su misión son un llamado constante para comprender la revelación en la vida humana, por tanto, “necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida, y que nos consuma el celo misionero para llevar aquel sentido completo y unitario de la vida humana” (DA, 41).

Entender la vida de nuestros pueblos es reflexionar desde la fe, como el camino que se nos da para ser testigos de Cristo, reconociendo a Dios en nuestros pueblos y creer en la vida nueva como una oportunidad de confrontar nuestro entorno con la fe (DA 529). De modo que la vida cristiana no solo tiene que expresarse en lo personal, sino también en lo social, en las necesidades del otro y del mundo entero. No podemos ser indiferentes ante la vida de nuestros hermanos que sufren, que pierden su libertad y las ganas de creer en un futuro. Deja de existir la vida cuando no existe justicia, equidad y misericordia, porque los pueblos anhelan la plenitud de la vida en Cristo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana.

Salir de nosotros es capacidad para generar vida, sintiendo el llamado que Cristo nos hace para encontrarnos con el mundo. Él es ejemplo de salida del Padre para dar vida, sanación y salvación. Por eso, sus palabras, su misión, sus milagros y su obra, hacen que su vida sea atractiva a los ojos de quien lo busca y lo quiere encontrar. Las salidas que necesita América Latina se presentan marcadas por luces y sombras, con grandes cambios que se experimentan a diario que permitan ver la realidad a la que se enfrentan los discípulos de Cristo. “Al salir de las tinieblas y de las sombras de muerte (cf. Lc 1, 79), su vida adquirió una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre” (DA 21).

Los obispos de la Conferencia de Aparecida quieren demostrar, que no se puede pensar en una oferta de vida con Cristo si no se tiene una dinámica de libertad que humanice, reconcilie y reivindique. Por eso, el Documento de Aparecida apuesta por la comunicación de vida. Afirma la Quinta Conferencia: “Los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás” (DA 260).

Los problemas sociales de nuestro tiempo que siguen en aumento, por la injusticia, la desigualdad y la pobreza deben ser enfrentados desde la caridad y la esperanza, como signo del amor de Dios por la humanidad y de la entrega de Jesucristo por su pueblo. La Conferencia Episcopal nos invita a ver la vida como un todo, es decir, “tomar conciencia de la naturaleza como una herencia gratuita que recibimos para proteger, como espacio precioso de la convivencia humana [...] Esta herencia se manifiesta muchas veces frágil e indefensa ante los poderes económicos y tecnológicos” (DA 471). Por tanto, como profetas de la vida, y pensando en las generaciones futuras debemos dar a la humanidad su lugar como fuente de vida, donde reine la armonía y la paz para que surja la esperanza.

2.2. La vida nueva en Cristo y con Cristo

La búsqueda de la vida para nuestros pueblos hoy debe llevarnos a preguntarnos ¿cómo es la vida con Cristo? A lo largo del Documento de Aparecida encontramos una propuesta de vida a partir de un encuentro Cristo que se da en la Palabra y en la capacidad de vivir la misión y el discipulado. Porque no se es cristiano por un pensamiento o por una decisión, “sino por el encuentro con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). *Deus Caritas Est*

Cristo, venciendo la muerte por voluntad del Padre nos da nueva vida en su Resurrección. Él es el Hombre que vuelve a caminar una vez más entre los hombres llenos “del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en nuestras casas y permaneciendo en ellas, alimentándonos con el Pan que da la vida” (DA p. 16). En esto consiste el caminar de encuentro entre Cristo y los hombres que el Documento Aparecida constantemente señala. Cristo es el punto de partida, vivo y caminante, que se pone en marcha con nosotros para continuar anunciando la salvación.

La salvación y la nueva vida de la humanidad se dan en el Hijo de Dios que se hizo carne, que asume la realidad de nuestros pueblos que, con aciertos y limitaciones, esperanza y fe, confían y permanecen en el amor de Cristo.

Él es el Hijo del Dios verdadero, el único salvador de la humanidad. La importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad, consiste en que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida (...) En el clima cultural relativista que nos circunda se hace siempre más importante y urgente radicar y hacer madurar en todo

el cuerpo eclesial la certeza que Cristo, el Dios de rostro humano, es nuestro verdadero y único salvador.” (DA 22)

Por tanto, la vida como don del Padre dado a toda la humanidad y custodiado por la Iglesia, debe ser un camino constante en Cristo, para darse de corazón y ponerse como Él, al servicio de Dios y de la humanidad.

[...] el propio Dios va tras la oveja perdida, la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del padre que sale al encuentro de su hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino de la explicación de su propio ser y actuar. (DCE 12)

Jesús sale al encuentro de las realidades de este mundo, de lo que sucede en América Latina, en su gente, en la sociedad y sus ricas culturas. Una respuesta que se tiene que dar desde la variedad y complejo sistema de culturas, desde una opción de vida que nos lleve a alcanzar la libertad y el sentido de la humanidad y la justicia. Esta realidad se da en la Buena Nueva, en Cristo como vida que se entrega y que está llena de innumerables bienes y trae la liberación de los males. Con Jesús acontece la “buena nueva de la vida” (DA 106). Por eso, el Documento de Aparecida es claro al confrontar los desafíos que la humanidad tiene que enfrentar caminando con Cristo:

Ante una vida sin sentido, Jesús nos revela la vida íntima de Dios en la comunión trinitaria; ante la desesperanza de un mundo sin Dios, Jesús nos ofrece la resurrección y la vida eterna; ante la idolatría de los bienes terrenales, Jesús presenta la vida en Dios como valor supremo; ante el subjetivismo hedonista, Jesús propone entregar la vida para ganarla; ante el individualismo, Jesús convoca a vivir y a caminar juntos;

ante la despersonalización, Jesús ayuda a construir identidades integradas; ante la exclusión, Jesús defiende los derechos de los débiles y la vida digna de todo ser humano; ante las estructuras de muerte, Jesús hace presente la vida plena; ante una naturaleza amenazada, nos convoca a cuidar la tierra para que brinde abrigo y sustento a todos los hombres. (DA 109-113)

Jesús revela y propone para nuestras vidas encontrarnos con Él, para que creemos un vínculo. Porque Cristo eligió para “que estuvieran con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3, 14), para que lo siguieran con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión. El vínculo del discípulo es la participación de la Vida, salida de las entrañas del Padre, para asumir el mismo estilo de vida y sus motivaciones (cf. Lc 6, 40b)” (DA 131).

Por medio de Cristo se da el encuentro entre Dios y los hombres. Siempre será el Padre quien tome la iniciativa. Así tenemos una experiencia de encuentro con Dios en el que acontece la plenitud. La Iglesia debe promover el encuentro con Jesús que “con palabras y acciones, con su muerte y resurrección inaugura en medio de nosotros el Reino de vida del Padre” (DA 143). Así mismo, la Quinta Conferencia ve en la relación de Cristo y el Padre un modelo inspirador que enriquece la vida de la Iglesia.

El Documento de Aparecida nos invita a tener una mirada de discípulos “a la luz del Espíritu Santo para ponernos al servicio del Reino anunciado por Jesús que vino para que todos tengan vida y “para que la tengan en plenitud” (Jn 10, 10) (DA 33). El Documento de Aparecida señala:

Jesús, al comienzo de su vida pública, después de su bautismo, fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para prepararse a su misión (cf. Mc 1, 12-13) y, con la

oración y el ayuno, discernió la voluntad del Padre y venció las tentaciones de seguir otros caminos. Ese mismo espíritu acompañó a Jesús durante toda su vida (cf. Hch 10, 38). (DA 149)

El Reino de Dios para la vida en el Espíritu debe darse desde la conversión y el seguimiento que transforma la vida de los hombres y de la sociedad abriendo caminos de vida y nuevas alternativas en Cristo y en su manera de afrontar la vida. De Cristo “aprendemos una “vida nueva” dinamizada por el Espíritu Santo y reflejada en los valores del Reino” (DA p. 26). La vida que recibimos de Cristo en el Espíritu, debe conducirnos y animarnos hacia la caridad, la santidad y la perfección. Guiados por el mismo Espíritu de Cristo, los cristianos debemos luchar en contra de todo lo que nos aleja de Dios, de su bondad y de su gracia.

La Iglesia nos ayuda a encontrarnos con Cristo, para tener una experiencia de Dios y así reconocer nuestra identidad de hijos suyos en el mundo. Recordemos que “el poder del Espíritu y de la Palabra contagia a las personas y las lleva a escuchar a Jesucristo, a creer en Él como su Salvador, a reconocerlo como quien da pleno significado a su vida y a seguir sus pasos” (DA 279).

Una vida nueva en Cristo se da también por el bautismo que nos hace renacer y nos permite formar parte de la comunidad “de los discípulos y misioneros de Cristo en la Iglesia, permitiendo reconocer a Cristo como Primogénito y Cabeza de toda la humanidad” (DA 349). De ahí, que la vida eterna de Cristo signifique “vivir fraternalmente y siempre atentos a las necesidades de los más débiles” (DA 349).

La vida de nuestros pueblos en el Documento de Aparecida, quiere promover un encuentro con Cristo, quien es considerado la vida plena y a quien identificamos con el Reino de Dios. Por eso la salvación se concentra en Jesucristo, quien promueve una vida integra, donde reine la justicia,

la paz y la caridad. El reino que se ofrece en la persona de Jesús, exige encontrar a los más necesitados y optar por ellos.

2.3. La cultura de la vida.

En la Conferencia de Aparecida hay una apuesta por las culturas y por la llamada “cultura de la vida”. Los obispos reivindican el diálogo con las culturas de nuestros antepasados y de nuestros tiempos, siendo éste el terreno propicio para salvaguardar la vida de nuestros pueblos cuyas culturas corren el riesgo de ser consumidas por la globalización y los cambios del mundo. La cultura de la vida es aquella que permite que el ser humano tenga una vida verdadera y plena donde se vincula a la vida su ser histórico y social. Al respecto afirma “*Gaudium et Spes*”:

[...] se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra 'cultura' asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escalas de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada comunidad humana. Así también es como se constituye un medio histórico determinado, en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que recibe los valores para promover la civilización humana" (53)

La centralidad de la cultura en el Documento de Aparecida, aparece ligada a la evangelización, como una de sus prioridades para llegar a todos los pueblos Latinoamericanos con

el fin de anunciar la plenitud de la vida propia de todos los hombres por ser hijos de Dios, merecedores de una vida más digna y humana:

...libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI: “pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura (...) a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin” (PP 21).

Para poder conocer las culturas y ser aceptados por ellas necesitamos iniciar desde Cristo haciéndonos discípulos frágiles que reconocen las necesidades del mundo. Necesitamos que nos consuma el deseo de la evangelización para llegar al corazón de las culturas, “aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía ni los medios de comunicación podrán proporcionarle. En Cristo Palabra, Sabiduría de Dios (cf. 1 Co 1, 30)” (DA 41).

Para los obispos latinoamericanos la cultura de la vida siempre tendrá que ver con la promoción de una vida más digna, llena de derechos y deberes de los que no todo hombre goza hoy en día. Promoción que se tiene que realizar en todos los núcleos de la sociedad, principalmente en el familiar. “Dado que la familia es el valor más querido por nuestros pueblos, creemos que debe asumirse la preocupación por ella como uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora de la Iglesia. En toda diócesis se requiere una pastoral familiar “intensa y vigorosa” (DA 435).

El Documento de Aparecida dedica algunos numerales a la cultura de la vida, a su proclamación y su defensa. En ellos realza la dignidad de cada ser humano y el valor que tiene cada uno, por eso la invitación es a respetar y promoverla la vida como tal. “La vida es regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar desde la concepción, en todas sus etapas, y hasta la muerte natural, sin relativismos” (DA 464).

Los discípulos y misioneros son los encargados de llevar el Evangelio para anunciar la nueva vida a todas las culturas presentándose siempre en defensa de la fe. Esta defensa es presentada por el Documento de Aparecida como un reto al dialogo entre la fe, entre la razón y las ciencias. “Nuestra prioridad por la vida y la familia, cargadas de problemáticas que se debaten en las cuestiones éticas y en la bioética, nos urge iluminarlas con el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia” (466).

La Quinta Conferencia Episcopal se plantea la pregunta ¿cómo ven los pueblos la vida de Jesucristo? ¿Cuál es su novedad para el mundo? La respuesta a estas preguntas la encontramos en un Jesús que se pone al servicio de la vida y busca dar plenitud a la misma, comunicando que Él es el Hijo de Dios que vino al mundo con un compromiso misionero en favor de los más necesitados para que tengan vida. Es en Cristo donde los pueblos reconocen al Dios de la vida que se hace comunidad entre los hermanos y que trae esperanza, humanidad y dignidad a los pueblos.

El Reino de la vida que anuncia Jesucristo promueve la dignidad humana y la justicia social, optando siempre por los más desfavorecidos de nuestra sociedad que a diario siguen aumentando. Jesús nos invita a ponernos al servicio de la vida de nuestros pueblos siguiendo su ejemplo porque Él es:

[...] el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida. Lo vemos cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10, 46-52), cuando dignifica a la samaritana (cf. Jn 4, 726), cuando sana a los enfermos (cf. Mt 11, 2-6), cuando alimenta al pueblo hambriento (cf. Mc 6, 30-44), cuando libera a los endemoniados (cf. Mc 5, 1-20). (DA 353)

El Hijo de Dios está con el pueblo, se dona. En Él se realiza un movimiento de entrega desde el Padre, quien nos da la vida, que habíamos perdido por el pecado. El Padre nos da a su Hijo que, a su vez, entrega su vida por nosotros. “Sólo así, manifestaremos que la vida en Cristo sana, fortalece y humaniza” (DA 356). Para que haya vida en Cristo: primero, debe haber un acercamiento, un deseo de encontrarlo; segundo, el deseo de adquirir nueva vida por la dignidad; tercero, sentirnos sanados y, por último, sentirnos alimentados por la nueva vida para adquirir la libertad plena de ser Hijos de Dios.

La vida de Jesucristo para nuestros pueblos debe comprender todas las dimensiones de la vida humana como “la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza” (DA 356). Todo aquello que contribuya a dignificar y mejorar la calidad de vida de las personas y el cuidado de toda la creación nos lleva a estar constantemente en sintonía con la vida y con todo lo que nos rodea, manteniendo una propuesta clara y constante de responsabilidad y entrega de la humanidad.

La cultura de la vida es anunciar y denunciar; ser portadores del mensaje de vida a los que no tienen voz, a los más frágiles e indefensos que, en medio de las dificultades, reclaman una vida más digna. “Si queremos sostener un fundamento sólido e inviolable para los derechos humanos, es indispensable reconocer que la vida humana debe ser defendida siempre, desde el momento mismo de la fecundación” (DA 467).

El pueblo latinoamericano está invitado a reconocer la vida que viene de Cristo y que es transmitida y custodiada por la Iglesia. Por tanto, debe reconocer en ella al Padre y hacer su voluntad, que es dar vida en Cristo por su Palabra, dando a todo bautizado la posibilidad de construir comunidad en medio de una sociedad individualista, consumida por el aislamiento y consumismo de los hombres, que ya no ven en el otro el rostro de Cristo sufriente que da vida. Al tener la capacidad de reconstruir sus lazos comunitarios, la Iglesia y la sociedad inician una nueva vida que también se renueva para las futuras generaciones.

La Iglesia, como cuerpo de Cristo, debe proponer caminos de reconciliación para que nuestros pueblos renazcan a la vida como un proyecto de toda Latinoamérica. El perdonar y reconciliar debe estar en los corazones de todos los pueblos que anhelan la paz con Dios y con los hermanos. “Es iniciativa propia de Dios en busca de nuestra amistad, que comporta consigo la necesaria reconciliación con el hermano” (DA 535). Por tanto, desde la paz, el amor, la vida y la esperanza, deben surgir valores que reconcilien la vida humana y nos transforme en una sociedad que está en función de la solidaridad y la comunión de todos los pueblos.

2.4. La vida de Jesucristo, anuncio misionero de la Iglesia.

La propuesta de vida que nos trae el Documento de Aparecida está unida íntimamente a Jesucristo, donde se da una relación personal con Él para alcanzar la felicidad, anhelo de la realización humana por un deseo de alcanzar una vida que llene toda expectativa de cada hombre. Por eso, el Documento de Aparecida tiene como tema: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida” (Jn 14, 6). Esta vida es comunicada en el amor. La Iglesia en su misión es enviada al mundo por amor para anunciar a Jesucristo y buscar vida en Él, porque la verdadera vida digna se da en Cristo quien comunica su vida.

Jesús, el pastor, que comunica su vida y se pone al servicio de los demás, devolviendo la dignidad y el espacio en la sociedad a aquel que lo ha perdido todo, da el lugar que le corresponde a cada uno como hijo de Dios. Él se ofrece a sí mismo para acompañar en el camino, como alimento que da vida, capaz de saciar a todo hombre que se pone en marcha con Él. ¡Jesús es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!” (DA p. 26)

Cristo es vida porque se da a los demás: “El que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Para Dios todo hombre tiene un valor inagotable porque fue creado a su imagen por amor. Este valor es indispensable para entender el fundamento de la vida humana, permitiendo reconocer en cada hombre su libertad y su valor por el amor que Dios tiene por la creación.

La vida es un regalo de Dios que debemos cuidar, y para ello, debemos redescubrirlo en “una sociedad en la que Dios está ausente” (DA p. 17), no porque Él quiera estar ausente sino porque el hombre aleja a Dios de su vida. Cuando la sociedad comprenda que en Él se hace presente la vida plena comprenderá el sentido de la existencia humana: “Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud” (Jn 10, 10). Esta vida que se da por medio de la reconciliación en el corazón de cada bautizado que busca constantemente el perdón de Dios y del prójimo.

La vida como el valor más grande que debemos cuidar, nos enseña la autenticidad humana y nos anima en las luchas que debe emprender todo hombre por hacerla prevalecer y cuidarla como ese gran valor que representa. El Papa Juan Pablo II, en su Encíclica *Evangelium Vitae*, afirma:

... los cardenales, con voto unánime, me pidieron ratificar, con la autoridad del Sucesor de Pedro, el valor de la vida humana y su carácter inviolable, con relación a las circunstancias actuales y a los atentados que hoy la amenazan. Al mismo tiempo,

una acuciante llamada a todos y a cada uno, en nombre de Dios: ¡respetar, defender, amar y servir a la vida, a toda vida humana! ¡Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad! (5)

Documentos como el anterior y las Conferencias Episcopales Latinoamericanas quieren dar a conocer la importancia que tiene el sentido de la vida para la Iglesia y que debería tener para todos los pueblos. El punto de partida es Cristo como el principal don de la vida íntima con Dios desde su entrega. Porque “es tal el amor de Dios, que hace del hombre, peregrino en este mundo, su morada: “Vendremos a él y viviremos en él” (Jn 14, 23)” (DA 109).

La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros, es una oportunidad para preguntarnos por los retos que tienen nuestros feligreses y nuestras iglesias frente a la misión como oportunidad para ejercer un compromiso generoso y esperanzador frente a los desafíos de la vida misma que tienen que afrontar estas. “Toda auténtica misión unifica la preocupación por la dimensión trascendente del ser humano y por todas sus necesidades concretas, para que todos alcancen la plenitud que Jesucristo ofrece” (DA 176).

La autenticidad de la vida de Cristo es lo que pone en marcha la misión de la Iglesia, como motivación para la salvación de los hombres. “Todo comienza con una pregunta: “¿Qué buscan?” (Jn 1, 38). A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: “Vengan y lo verán” (Jn 1, 39)” (DA 244).

Para que se pueda dar lo antes mencionado, debemos estar en comunión con la vida en toda la Iglesia. Para encontrar al Señor que llama e ir tras Él es necesario contar con “presbíteros-servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad” (DA 199).

Los discípulos misioneros que anuncian a Jesús, deben sentir el llamado, capaces de entender y conocer los caminos del mundo, tanto los que se van cerrando como los que se tienen que abrir, conscientes que, en este mundo de tinieblas, Cristo es la lámpara para la vida nueva que brilla a costa de su propia vida. Como discípulos estamos llamados a comprender la voluntad del Padre que entrega a su Hijo para que de la muerte surja la vida nueva.

Nuestra Iglesia “requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida, en continuidad con la tradición de santidad y martirio de tantas y tantos consagrados a lo largo de la historia del Continente” (DA 220). Latinoamérica es reconocida por las Conferencias Episcopales como el “Continente de la esperanza” que redescubre en su historia y en el dolor de su gente para encontrar caminos de libertad desde la verdad.

La vida de los discípulos se mueve por el llamado y el seguimiento. Se debe hacer vida en la comunidad, la fraternidad y el amor. Es en ese momento en donde Cristo se hace presente en la memoria y el amor de los que creen en Él y hacen su voluntad. “Tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí” (Lc 22, 19). Al comer su pan, la vida de Cristo se hace nuestra y nadie la puede arrebatarnos porque somos de Cristo, salimos de Él y volveremos a Él. “Y los cuidé, y ninguno de ellos se perdió” (Jn 17, 12).

Toda misión busca responder al deseo que busca todo hombre por realizarse en medio de la sociedad. Sus anhelos, sueños, metas y la aspiración a una mejor vida, lo mueven siempre a creer en la realización humana, como una oportunidad de ser siempre mejor para la humanidad, su familia y para los demás. Allí surge el deseo de conversión al que todo hombre está llamado, como una respuesta inicial y contundente a Cristo, que cambia nuestra forma de ver la realidad y de vivir en el mundo.

La vida nueva en Cristo en el continente de la esperanza y del amor, nos debe llevar a identificarnos con su vida y su misión. Este proceso implica un largo caminar en Latinoamérica, a corto y largo plazo, adaptándose a los tiempos y circunstancias del continente y de la propia vida. Dichos cambios son entendidos por los obispos del CELAM como manifestándose en los procesos que el continente le exige a la Iglesia y a la sociedad. Es un proceso que ha tenido un seguimiento a lo largo de sesenta años a partir del Concilio vaticano II, las cinco Conferencias Episcopales Latinoamericanas, numerosas encíclicas y exhortaciones. A este propósito señalaba la Exhortación Apostólica *Evangelium Nuntiandi* de Pablo VI:

Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación. (19)

La vida en Cristo es la respuesta al abandono, las guerras, la opresión y la desigualdad; es la oportunidad de reducir la gran brecha que se abre entre la vida y la muerte, una brecha que con el tiempo se puede ir cerrando por la apuesta que los pueblos hacen por la vida, por el respeto y por la dignidad que merece todo hombre en tu tierra. Los obispos de la Conferencia de Aparecida le apuestan a la vida no como una utopía o como un sueño del más allá, sino como una oportunidad clara de anunciar la vida en Cristo en medio de las dificultades de los pueblos, donde nadie decida la forma de morir de los demás, donde triunfe el respeto, la tolerancia y la lucha por la supervivencia de un mundo que se hace cada vez más difícil para las futuras generaciones que no quieren apostar por él.

2.5. La vida para el Reino de Dios.

Para entender el Reino de Dios y su relación con la vida es importante comprender que para la Conferencia de Aparecida: “Jesucristo es el Reino de Dios” (DA 382). No se trata de una metáfora, sino de una realidad, de una actitud y una disposición frente a las situaciones que viven los pueblos latinoamericanos. La invitación a “traer a Jesús”, como expresión perfecta de Reinado de Dios dentro del contexto de los pueblos latinoamericanos, es un imperativo para los cristianos quienes, como afirma el documento, tienen la condición de hijos y “comparten con Jesús su origen y destino”.

El Reino aparece como una realidad ya presente y todavía por venir. Las diferentes parábolas nos lo dan a conocer; por ejemplo, aquella del sembrador y la semilla va en este sentido: El Reino se hace visible en medio de nosotros. Como afirma Sayés (2006):

[...] el Reino es algo inacabado, como lo muestra la parábola del vino nuevo que Cristo beberá en el Reino (Mt 14, 25). Mientras Cristo dice, por un lado, que el Hijo del hombre ha venido ya no a ser servido, sino a servir y a dar su vida por los hombres (Mt 20, 28), en una venida sometida a la *Kénosis* y la humillación, habla de sí mismo como el Hijo del hombre que vendra sobre la nube, glorioso y lleno de poder. (p. 32)

La Conferencia de Aparecida retoma la opción por los pobres, enriquecida por los frutos de las anteriores conferencias, manejando un lenguaje más claro respecto de la concepción que tiene del Reino de Dios, frente a la esperanza y dignificación de la vida humana. La Quinta Conferencia aborda los temas del Reino de Dios y la dignidad humana juntos, pensando siempre en la vida.

Anunciar la Buena Nueva y ser discípulo misionero de Cristo implica siempre, para el cristiano, una actitud de anunciar, con su propia vida, el Reino de Dios. Este anuncio corresponde a una forma de ser en el mundo, por ello no puede quedarse en la mera especulación teológica, sino que ha de salir y tocar a los más pobres, introducirse en la realidad del Pueblo de Dios, tal cual Cristo lo hizo al asumir la condición humana.

La expresión “Jesucristo es el Reino de Dios” que presenta el Documento de Aparecida en el numeral 382, es la definición por excelencia en la Iglesia de Latinoamérica para referirse a Dios y su reinado en medio de la realidad. De esta manera se comprende que traer el Reino de Dios a los pueblos latinoamericanos, es traer a Cristo, asumir su opción y su actitud frente a los excluidos.

El discípulo, que está llamado a traer el Reino de Dios, tiene un compromiso con el hermano respondiendo a la bondad y misericordia que el mismo recibe de parte del mismo Dios. Dicha misericordia no puede ser encerrada por las barreras del egoísmo, sino que debe salir, hacer eco en las realidades dolorosas de la sociedad, incluso tomando formas de crítica, de carácter profético, que denuncien la forma de ser “cristianos despreocupados” frente al dolor del otro (DA 385).

La posibilidad del Reino que se manifiesta es consecuencia del encuentro que tiene el hombre con Dios, que le mueve internamente a la conversión, entendida como la adhesión a la persona de Cristo y al movimiento misericordioso, entrañable hacia el hermano, que le permite ver al sujeto, el dolor y la injusticia para con el otros como propias (DA 385).

Por consiguiente, el Reino no puede comprenderse en medio de una realidad que oprime la condición humana. El Reino de Dios, es decir, Cristo mismo, aunque se hace presente en una

realidad de dolor, trae esperanza y alegría, devuelve la dignidad que fue oscurecida por las esferas políticas y económicas, a la vez que inserta al excluido, en la realidad (DA 387).

La vida en el Reino se manifiesta en el amor de Dios, se revela en Cristo quien es la vida y se manifiesta en la Iglesia encargada de la propagación del reino de Dios. La vida que trae el Reino se siembra en esta tierra y fructifica plenamente en el Cielo. (DA 19). Por eso, el Reino de vida debe promover en todo hombre y nación el amor, la paz, la justicia y la vida; para permitir que la humanidad participe de la alegría del encuentro con el Señor, “vencedor del pecado y de la muerte, (y) llegue a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión (cf. Lc 10, 29-37; 18, 25-43)” (DA 29).

El anuncio del Reino de Dios a nuestros pueblos latinoamericanos debe estar siempre acompañado por el mensaje de amor de Dios para su pueblo. Él se encuentra cerca de su pueblo y no lo abandona ante las adversidades. Dios, libera y salva a toda la creación. El mismo Dios “que nos acompaña en la tribulación, que alienta incesantemente nuestra esperanza en medio de todas las pruebas” (DA 30). El anuncio del Reino debe interpelarnos hacia la nueva vida para poder comprender los signos de los tiempos y los cambios profundos de la vida de nuestros pueblos.

El anuncio del Reino de Dios en la vida del pueblo y de los discípulos se da en la comunión y en el encuentro con Cristo: “vengan ustedes solos a un lugar deshabitado, para descansar un poco” (Mc 6, 31-32). Desde los encuentros multitudinarios: “denles ustedes de comer” (Lc 9, 13). El Reino es predicado por Él a través de parábolas (el Reino de los cielos se parece a...), o versículos como, “mejor, busquen primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mt 6,33). Jesús, anuncia el Reinado de Dios a su pueblo trayendo un mensaje de esperanza y resistencia para la vida. “Acoger su Reinado implica armonía, tener la capacidad

de superar las relaciones de poder que nos dividan; poder cambiar la sociedad es el proyecto de Jesús” (Aguirre, 2014).

Para que la Iglesia tenga vida, es importante que se realice desde su experiencia de la santidad al servicio del Reino de Dios, llamada que se nos hace en nuestra condición de discípulos, motivados y movidos por la fe y por nuestro bautismo para que nuestra Iglesia crezca y que cada uno de sus miembros adquiera participación y dignidad como pueblo elegido por Dios. Por eso, Jesucristo, como Hijo, nos hace participar a todos de las promesas y los anuncios del Reino: “come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2, 16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11, 19); toca leprosos (cf. Lc 5, 13), deja que una prostituta unja sus pies (cf. Lc 7, 36-50) (DA 353).

Para la Conferencia de Aparecida, el Reino de Dios es un proyecto que se proclama y se encuentra en medio de nosotros, dando nueva vida para aquellos que la han perdido. “Porque la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos” (DA 361). Así, todo signo de vida se hace presente en la realidad de los hombres que luchan por la justicia, por una autentica dignidad, motivados por una fuerza transformadora que viene del Reino de Dios y que se hace presente en Jesús.

CAPITULO III: LA IGLESIA, PROMOTORA DE LA VIDA EN AMERICA LATINA

3.1. La vida en la esperanza

Para poder comprender qué significa la vida que Cristo ofrece para la humanidad actual, la Iglesia también debe encontrar en los signos de los tiempos a la luz del Evangelio una respuesta a los interrogantes del sentido de la vida tanto presente como futura. “Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza.” (GS 4)

Comprender la historia de nuestros pueblos es humanizar su entorno, su gente, para darles la oportunidad de conocer a Jesucristo como modelo de humanidad, para mostrarles porqué Él dignifica y reincorpora a la sociedad a todo el excluido, manifestar que Él fue enviado para compartir y anunciar la vida nueva. Esa gran novedad la encontramos expresada en el Documento de Aparecida; una novedad que tiene que proclamar nuestra Iglesia. “El anuncio del kerygma invita a tomar conciencia de ese amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado” (DA 348).

Es importante resaltar que la Conferencia Episcopal de Aparecida ha querido incorporar en la conciencia del hombre latinoamericano nuevas miradas de la sociedad y de la historia, confrontándolo constantemente con su realidad y con su ser personal. El hombre debe ver la necesidad de renovarse si quiere asumir en su humanidad y su historia el ser cristiano, manifestando desde su propia vida esa búsqueda constante de progreso, el cual, “[...] es ya una forma de participar en el dinamismo abierto por el anuncio y presencia del Reino de Dios en la historia. Y toda acción humana a favor del progreso de la historia no solo no está en contradicción con la fe, sino que recibe de esta su apoyo y sentido” (Parra, 2000).

La Iglesia es invitada por la Conferencia de Aparecida a fortalecerse de una manera dinámica ante una sociedad que busca señales en la historia de la salvación con las cuales identificarse, de modo que la fuerza evangélica no sea solo el anuncio del Reino de Dios como fuente de consuelo o de espera de un mundo venidero, sino un fuerte anhelo de creer en la vida nueva desde un constante encuentro con el Creador y con sus promesas de una vida plena para los hombres.

Ver la oportunidad de una renovación de la vida de los hombres, es también ver la oportunidad del legado teológico de la Iglesia Latinoamericana. El Reino de vida es comprendido desde la Conferencia de Aparecida desde una perspectiva pastoral con firmes convicciones que llevan a la Iglesia a repensar todo el constructo, de la teología a la realidad evangélica, y su relación directa con la vida de ser humano. Dentro de las diferentes circunstancias históricas, la teología empieza a cobrar protagonismo y deja de estar relegada a una reflexión teórica, pasando al primer plano del ser y quehacer del cristiano. “Así pues, se da una recuperación que parte de la pregunta por la historia y su relación con la revelación y la fe, de ahora en adelante la recuperación de la historia era la nueva tarea confiada a la teología” (Gibellini, 1998, p. 271).

La propuesta del Reino de la vida nos lleva a redescubrir principios teológicos desde la realidad de la historia, en donde la fe y la esperanza sean la puerta de entrada para acceder al misterio de la vida en el Padre. El redescubrimiento de la vida se da por medio de la necesidad de descubrir el mensaje de Jesucristo y la centralidad del Reino de Dios por el que nos hacemos partícipes y ciudadanos del Reino de la vida. La centralidad de la vida para el Reino debe ser entendida desde la libertad y la justicia: somos hombres hechos para la vida, motivados por la búsqueda constante de lo que en nosotros está ausente. En muchos casos se trata de buscar a Dios en lo que parece inmediato pero que nos lleva al futuro. “La esperanza llega a ser así un principio

de la vida humana y del cosmos. La esperanza del cristiano se basa en la diferencia crítica entre lo que es y lo que no es, entre presente y futuro. El hombre es una gran tarea, una apertura constante hacia el futuro” (Parra, 2000). Esta apertura nos permite comprender de modo renovado la misión de Cristo y de la Iglesia, que obedece al mensaje de la buena nueva del Señor, que nos llama a anunciar la libertad de los hombres y ser partícipes de su liberación y de su vida.

La iglesia tiene que concebirse y comprometerse como testigo y como transmisor público de una peligrosa memoria de libertad dentro de los sistemas de nuestra sociedad que se llaman emancipadores. Se trata de una tesis teológica, que ningún politólogo podrá formular. (Metz, 2002, p. 16-17)

La libertad nos debe llevar a creer en la esperanza de una nueva vida que Dios nos promete como plenitud de los tiempos, haciéndonos partícipes de la Tierra Nueva y el Cielo Nuevo. Para ello, debemos reconocer la Pascua de Jesús que transforma la muerte en resurrección, afirmando nuestra fe en la vida futura como una posibilidad real y llevándonos a “[...] reflexionar sobre la esperanza cristiana, los autores subrayan que esta tiene múltiples e interrelacionadas dimensiones: es concreta, comunitaria, social, activa y pasiva, universal y cósmica” (Ochagavía, 1968, p. 201-211).

La Reino de la vida desde la esperanza se comprende como espera activa de la recapitulación de todas las cosas a partir de la segunda venida de Cristo. Desde el ahora comienza la glorificación del hombre que resucita y que no deja de existir en la historia, dando “[...] lugar de una historia de salvación o de perdición. La fe en el Dios de la promesa implica un caminar esperanzado hacia el futuro prometido” (Parra, 2000) sin dejar de lado el presente, con una atención constante a los signos de los tiempos, dando un valor a las acciones humanas y a la construcción de la historia que lleve al hombre a la reflexión sobre lo que es vivir en y para Cristo.

La vida de la Iglesia nos invita a cultivar la sensibilidad hacia el que sufre comprendiendo la centralidad que este tiene para la Iglesia en el mundo y su acción pastoral. “La acción pastoral, aparece como una dimensión constitutiva del compromiso profético de nuestras Iglesias en relación con la construcción de un mundo mejor, edificado sobre el fundamento de la promoción social, de la justicia y de la paz” (Ramírez, 2008, p. 245). Ese compromiso profético es el que motiva a la Iglesia a ponerse en movimiento en pro de los más necesitados. Es una “Iglesia en Salida” que comprende los signos de los tiempos, los acoge, les enseña y los anuncia en el mundo y especialmente en América Latina.

Por eso la promoción humana desde la vida digna, debe ser y es en estos tiempos tema central en la vida de la Iglesia:

Dios resucitará también nuestros cuerpos, por cuya redención gemimos ahora al tener las primicias del Espíritu. Dios ha resucitado a Cristo y, por consiguiente, a todos los que creen en Él. Cristo, activamente presente en nuestra historia, anticipa su gesto escatológico no sólo en el anhelo impaciente del hombre por su total redención, sino también en aquellas conquistas que, como signos pronosticadores, va logrando el hombre a través de una actividad realizada en el amor. (Ramírez, 2008, p. 246)

Promover la dignidad humana y los anhelos del hombre debe ser para la Iglesia una reflexión prioritaria que se plantea al presente histórico, desde los esfuerzos teológicos de la Iglesia por penetrar en la historia desde el anuncio del Reino de la vida y la salvación de los hombres, motivando compromisos concretos. “Más que fijarse en determinados "lugares" o incluso "estados" futuros de nuestro ser, la dignidad humana debería fijarse sobre todo en el significado de Dios como Señor del tiempo y de la historia. Finalmente, la humanidad debería centrarse en lo

social y universal para promover una inteligencia de la fe en la situación presente” (Vorgrimler & Gught, 1974, p. 245). En la misma línea, debemos comprender la nueva vida no como un futuro lejano e incierto, sino una vida llena de esperanza motivada no solamente por la fragilidad humana, sino por lo presente, permitiendo al hombre la renovación de su vida en Cristo.

Ciertamente para la Iglesia, la plenitud y la perfección de la vocación humana se lograrán con la inserción definitiva de cada hombre en la Pascua o triunfo de Cristo, pero la esperanza de tal realización consumada, antes de adormecer, debe avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. (Ramírez, 2008, p. 246)

La vida pastoral de la Iglesia y del hombre debe ser integral en orden a mejorar la sociedad humana y responder dentro de ella a la construcción del Reino. Por eso la teología y su mensaje llegaron a la Conferencia de Aparecida buscando plantear soluciones a las necesidades del pueblo Latinoamericano. La reflexión teológica es asumida desde una evangelización que se renueva desde el núcleo fundamental del amor y la misericordia de Dios. El llamado que nos hacen los obispos del CELAM reunidos en Aparecida es a comprender la vida desde:

[...] una actitud que nos debe animar en cada momento de la vida y que debe dinamizar nuestra existencia, de tal manera que la vivamos como un continuo esfuerzo por lograr la transformación del presente. En este sentido, podemos decir que el futuro hacia el cual nos orienta la esperanza tiene una dimensión inmanente, pero también que tiene una dimensión trascendente que nos hace pensar a largo plazo. (Ramírez, 2008, p. 253)

Llegar a comprender la vida de nuestra Iglesia se puede lograr cuando tenemos certeza del futuro, haciendo llevadero el presente. “En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el evangelio no es sólo una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida” (Ramírez, 2008, p. 254). Porque quien logra entender y vivir en esperanza logra vivir de otra manera y recibe una vida nueva.

3.2. Libertad humana para el Reino de Vida.

Cuando el mundo se abre al futuro tiene la plena autoridad de hablar de libertad. Una libertad que debe ser alimentada de esperanza, reafirmando nuestra vida como hijos de Dios, donde el ser humano se hace libre porque viene de Dios y quiere regresar a Él. “Este carácter libertario de la esperanza se especifica como afirmación absoluta de Dios como único sentido del ser libre del hombre y como negación determinada de todo aquello que coarta el ejercicio de la libertad” (Parra, 2000).

Una de las funciones del Reino de la vida y la promesa de su venida es ser signo de esperanza en medio de los hombres. La esperanza es signo de la venida futura del Señor. “Por ello, es muy importante vivir “esperanzados”, pero sin perder de vista la referencia última: Dios que nos da la libertad. Él es quien primero nos espera, es Él el primer esperanzado” (Zeballos, 2008, p. 32).

La Conferencia Episcopal de Aparecida se encuentra una auténtica oportunidad para responder a las necesidades de cada pueblo desde una los anhelos por una vida mas plena; dandole autenticidad a la vida de los hombres y garantias frente a las problematicas sociales, de justicia y de paz que vive el Pueblo de Dios. La Iglesia de America Latina ve su propia realidad de búsqueda

de liberación como una oportunidad para los signos de los tiempos, frente a una realidad que pide ser transformada desde la autenticidad que nace del Evangelio y del Espíritu. “Se da una mirada desde la fe, donde se puede reconocer la acción del Espíritu en los acontecimientos de la época, sea porque en ellos el Reino o crece como la semilla de mostaza o es reprimido por las tendencias negativas de un mundo cada vez más acelerado, y a veces, desesperanzado” (Zeballos, 2008, p. 32).

El potencial social y humano de América Latina hacen del continente una promesa para la liberación de los pueblos. Por eso, es el momento y el tiempo de anunciar a todas las naciones una vida nueva que brota del amor de Dios y cuyo Reino trae la justicia: “Que el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rm 14, 7). Por esa razón, la Iglesia considera que la historia de América Latina unida al trabajo de todos los cristianos está profundamente incorporada a la historia de la salvación.

Hemos realizado un esfuerzo para descubrir el plan de Dios en los "signos de nuestros tiempos". Interpretamos que las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que funda estas aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraterna. Por fidelidad a este plan divino, y para responder a las esperanzas puestas en la Iglesia, los obispos manifiestan que quieren ofrecer aquello que la fe cristiana tiene como más propio: una visión global del hombre y de la humanidad, y la visión integral del hombre latinoamericano en desarrollo. (DM , 2004, p. 9)

La Conferencia Episcopal, reconoce en Latinoamérica un auténtico llamado del Señor, invitándonos a volver a encontrar la esperanza en el Resucitado, reconociéndolo como la clave del fundamento de nuestras vidas cristianas, invitando al pueblo latinoamericano a una profunda experiencia de fe, esperanza y de caridad, para que la presencia de los cristianos en el mundo

traiga paz y tranquilidad a los pueblos y ayude a superar los obstáculos que se presentan a la construcción del Reino de vida. “Cristo, activamente presente en nuestra historia, anticipa su gesto escatológico no sólo en el anhelo impaciente del hombre por su total redención, sino también en aquellas conquistas que, como signos pronosticadores, va logrando el hombre a través de una actividad realizada en el amor” (GS 38).

El Reino de vida como signo de esperanza debe manifestar la unidad del plan de Dios, es decir, debe manifestar el plan salvífico de Dios, realizado en Cristo y en su Iglesia al que todo hombre quiere llegar. En ese plan salvífico, la humanidad reconoce una unidad profunda entre “la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, Pueblo de Dios, y las comunidades temporales; entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre; entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos” (DM, 2004, p. 43).

La esperanza cristiana enriquece la voluntad y la libertad para sentirse hijos de Dios que buscan la reconciliación en Cristo. Según Noemi (2006), la esperanza que viene del Reino se manifiesta en la negación de todo lo que pretende restringir la libertad del hombre y le impide alcanzar su humanidad plena. La esperanza se opone a toda forma de idolatría que daña la conciencia y el corazón de los hombres como el dinero, el poder, la guerra, la desigualdad; formas de deshumanización que fomentan la miseria y el daño a la dignidad del hombre. Estas idolatrías hacen que el mismo hombre corrompa la esperanza y la libertad de la sociedad llevando a la negación del mismo Dios en la historia.

Ante las idolatrías mencionadas y otras, el cristiano debe tomar una actitud de esperanza activa que implique responsabilidad desde la acción en todos los frentes de la vida. Como lo manifiesta Parra (2008), la Modernidad trajo cambios para el hombre, la sociedad y las culturas que deben enfrentar cambios que cuestionan la credibilidad de la fe a partir de una crítica de la

praxis de los creyentes. Germinan las sospechas contra la religión y las iglesias y se atribuye a la teología una función ideológica, debido a un supuesto carácter idealista, individualista y ajeno a la historia real.

Así, debe surgir en América Latina una conciencia de responsabilidad cristiana que lleve a la transformación de procesos en el mundo, el continente y la sociedad. Dicha consciencia se lleva a la práctica, por ejemplo, en los esfuerzos de pastoral social que se desarrollan en diferentes ambientes. Por eso, es muy importante comprender el verdadero sentido de la vida cristiana en función de la libertad de los hombres desde un sentido integral, social, cultural y político para asumir con responsabilidad la construcción de un mundo mejor. Es necesario que:

No perdamos de vista el sentido trascendente de la esperanza. Sin este sentido, la Iglesia no podría llegar a ser otra cosa que una importante ONG en el mundo. La preocupación que debemos tener siempre, al realizar nuestra misión en el mundo, en cuanto cristianos y en cuanto Iglesia, tiene que ser en definitiva la de anunciar el evangelio. La Iglesia existe para evangelizar, hemos recordado desde el principio. El evangelio que anunciamos es un evangelio que implica una esperanza total, inmanente y trascendente, que sólo se comprende a partir de nuestra fe en Dios. (Ramírez, 2008)

La praxis de la Iglesia y las reflexiones teológicas que se desarrollan desde el Concilio vaticano II y las diferentes Conferencias Episcopales llevan a la pastoral a horizontes nuevos haciendo participar a la Iglesia de una función crítica, autocrítica y un anuncio de la libertad. “La teología trabaja con la categoría de "reserva escatológica" para manifestar la distancia crítica de la fe respecto de toda realidad histórico-política y la no-identidad entre desarrollo del mundo y Reino de Dios” (Parra, 2000). Afirma el profesor Noemi (2006), que el mensaje escatológico no ha

logrado ser comprendido bajo las condiciones presentes del hombre. Esto hace que su anuncio sea un reto constante de la Iglesia. Pero dicho mensaje escatológico no puede ser pensado sólo desde un horizonte crítico y negativo porque llevaría a que la propia naturaleza de la Iglesia como anunciadora de la esperanza y la libertad desapareciera.

La libertad del hombre para encontrar y participar del Reino de la vida desde la esperanza debe ir arraigada a nuestra historia, la cual, se manifiesta en nuestro presente. A su vez, ese presente que se hace historia nos lleva a alcanzar nuestra propia libertad, de lo cual “deriva la siempre necesaria tarea de discernimiento teológico del presente y también la necesidad de fundamentar, ubicar y mediar una praxis política coherente con ese reconocimiento de ‘Dios trascendente y creador, que interpela a través de todos los niveles de lo creado al hombre como libertad responsable” (Parra, 2000).

La libertad y la esperanza no se pueden ver como una utopía, ni el cristianismo como una ideología, porque el hombre tiene que reconocer a Dios creador y trascendente que le da al hombre la vida en Jesucristo, desde la comprensión y vivencia del Reino de los cielos, no solo como un sueño o utopía irrealizable sino como la oportunidad de darle un sentido nuevo a las acciones de los pueblos que buscan vivir en libertad y prosperidad. “Los obispos están conscientes que los tiempos han cambiado. Ahora vivimos en una cultura que se seculariza y globaliza pero que las personas siguen teniendo la necesidad de encontrar sentido para sus vidas, orientación para sus acciones y esperanza frente a cualquier situación adversa” (Villatoro, 2017).

3.3. El Reino de la vida y el progreso humano.

Toda renovación de la acción pastoral de la Iglesia se encuentra en función del hombre y de su humanidad. La reflexión antropológica y teológica de las Conferencias Episcopales ha sido

encaminada a lograr que el continente de la esperanza tenga una visión más amplia para descubrir la riqueza que se encuentra en cada hombre y pueblo que quieran encontrar su libertad desde la verdad. “Es esta verdad, la única respuesta consciente y cierta a la crisis que la humanidad afronta. Por tanto, es fundamental la promoción de la conciencia y de la responsabilidad para actuar en las realidades de este mundo según la vocación propia de cada uno en los diversos ámbitos sociales” (Villatoro, 2017).

Según Gutiérrez (2000), para el Concilio Vaticano II y las conferencias episcopales latinoamericanas, la vida debe presuponer un dinamismo permanente, constante e insaciable que penetre en todas las realidades humanas y las orienten hacia el futuro. Este es el principio esperanza o fuerza que mantiene toda las virtudes y cualidades humanas en continua apertura dentro de un dinamismo que trasciende todo acto concreto y no puede ser aprisionado por ninguna articulación puntual. El hombre que busca el progreso y el bienestar no se fija sólo en el objeto inmediato de su búsqueda sino en una totalidad, desde lo que quiere ser y lo que puede lograr hacer en su vida. “De aquí su permanente deserción y eterna contestación de todo lo que es limitado. El mundo no agota sus capacidades de conocer, querer, amar y sentir; se proyecta y tiende hacia un siempre más, hacia lo nuevo, hacia el todavía-no, hacia la revelación del "*hommo absconditus*" del futuro” (Gutiérrez, 1983, p. 336).

El hombre que confía en el progreso de su vida y el de los pueblos debe comprender que la vida viene de Dios y a Él tiende a volver. El ser cristianos nos mueve a responder desde los deberes fundamentados para con nuestra vida social, a partir de la libertad, la justicia y la verdad. “La libertad, como expresión de la singularidad de cada persona humana, quien realiza su propia vocación personal; la justicia como firme voluntad de dar a Dios y al hombre lo que le es debido;

y la verdad, que es la convivencia de los seres humanos dentro de una comunidad ordenada, fecunda y conforme a su dignidad de personas” (Villatoro, 2017).

La renovación y las prefiguraciones del Reino de la vida deben ir iluminadas por la vivencia y la riqueza de la revelación que se da en Cristo. La Iglesia latinoamericana debe desarrollar su labor a partir de la comprensión del hombre y su manera de ver las cosas, para responder a realidades concretas del continente. Por eso el CELAM señala elementos para que el hombre y la Iglesia tengan la oportunidad de reflexionar y actuar contra los sistemas sociales y culturales que a lo largo del siglo XX y XXI han acabado con los caminos que conducen hacia la libertad de las personas, haciéndonos incapaces de resolver los conflictos culturales, sociales y económicos.

Cada Conferencia Episcopal trae algo nuevo y necesario, responde a las situaciones concretas que pide la realidad y la sociedad. La esperanza cristiana se dirige a seres humanos concretos. Por eso, Gutiérrez (1983) afirma:

He aquí el punto de llegada de una antropología cristiana de la esperanza. La humanidad y el mundo no son aun lo que llegarán a ser, conforme a la promesa incluida en la resurrección de Jesucristo. El acontecimiento del final de los tiempos no es un conjunto de sucesos plurales (parusía, resurrección, juicio, nueva creación), independientes entre sí, distintos, inconexos. Se trata más bien de diferentes dimensiones de un único evento de plenitud del Reino de Dios. La esperanza cristiana se hace efectiva en la restitución de la vida a la persona en su integridad individual. Es una transformación según el modelo de Cristo Resucitado. (p. 349)

Puede que en el hombre se de una negación del Reino de Dios a partir de la maldad y el pecado que se multiplican en un continente de conflictos, pobreza, miseria y muerte. La Iglesia ha

sido y es confrontada y perseguida por su defensa de la vida y su constante búsqueda de la restauración de la dignidad de los hombres. “El anuncio del reino y la dificultad de implantarlo hacen presente un pecado del mundo, que es fundamentalmente histórico y estructural, comunitario y objetivo, fruto a la vez y causa de muchos otros pecados personales y colectivos y que él mismo se propaga y se consolida como negación permanente del reino de Dios” (Sobrino, 1986, p. 252).

Cabe destacar, que la búsqueda de vida plena para todos los hombres debe ser el eje central de nuevas perspectivas de evangelización. Dichas perspectivas deben estar en diálogo con las situaciones históricas del hombre moderno, desde los retos que debe afrontar la Iglesia para vivir y comprender la esperanza cristiana en la cultura actual, es decir, para que los hombres y mujeres de nuestro tiempo tengan la capacidad de apostarle a la sociedad, al cambio, compromiso y el progreso. En este sentido, para el teólogo jesuita A. Tornos:

La perspectiva, desde la cual se mira ahora a las esperanzas de los hombres y del mundo, representa un notable cambio si se la compara con la adoptada mayoritariamente por el Vaticano II. Este miraba a la humanidad, en parte, con los enfoques del existencialismo y, en parte, con los de una utopía de transformación basada en concepciones de eficacia y desarrollo, concebidos racional y unitariamente" (1989, p.31).

No se puede olvidar que la vida y la esperanza son propias del hombre que cree. Los hombres que no han tenido la capacidad de esperar comienzan a dejar de creer y de vivir. Por eso es tiempo de reconstruir lo que se perdió al dejar de esperar. Esta es una tarea propia del creyente que debe “dar razón de su esperanza de forma pública y manifiesta; a nosotros, más que a nadie,

toca reconciliar el presente con el porvenir, impedir que se confunda el *ya* con el *todavía no*, lo penúltimo con lo último" (Ruiz de la Peña, 1996, p. 16).

El llamado que nos hace la Iglesia latinoamericana por medio de sus obispos es a tener la capacidad de salvar el presente, pero sin descuidar nuestro pasado y nuestro futuro. Existen grandes desafíos en nuestro continente, cada día en aumento, pero estamos llamados a asumir nuestra humanidad con libertad y esperanza. "De lo que se trata es que el futuro no sea aparente ni mera repetición de un presente indeseado, sino realmente abierto y nuevo, y esto no es solo asunto que concierne a la razón utópica, sino también a la razón *anamnética*, es decir, a la memoria" (Parra, 2000).

Renovar significa ver las cosas de otra manera: el tiempo, las personas, las circunstancias, la vida. Es tener la capacidad de actualizar en nuestra vida la Palabra, comprender que los desafíos a los que se enfrenta la esperanza escatológica en el anuncio del Reino de la vida son actuales. Pero en nuestra respuesta a esos desafíos aparece nuestra capacidad de incidir en la historia a partir de la Iglesia que nos enseña a esperar anunciando y denunciando, de manera activa y creativa, para llevar al hombre a vivir plenamente los designios de Dios en su historia.

CONCLUSIONES

A manera de conclusión podemos señalar que la “vida” es una categoría fundamental dentro de la Sagrada Escritura. La vida representa una acción fundamentalmente arraigada en Dios. Él es quien da la vida, e incluso en un abordaje más profundo, Dios mismo es la vida verdadera (Westermann, 1978, p. 768). En la Biblia apreciamos que la concepción judía de la “vida” sigue un proceso evolutivo que conduce al descubrimiento de Dios como fuente y finalidad de la misma (Sal 36, 10). Dentro del pensamiento hebraico, a partir de la promesa y la acción de Dios en la Historia, se pasa de una apreciación de bienestar y prosperidad a una concepción de comunión arraigada en Dios (Job 42,5; Is41, 10). Sin embargo, dentro de esta evolución de la comprensión bíblica no encontramos una ruptura o contraposición entre las alusiones de bienestar y buen vivir.

La vida, que está fundamentada principalmente en Dios, es un don que hace ver la generosidad y gratuidad de su amor para con lo creado. Se puede deducir de los escritos que figuran en la Revelación Escrita que Dios favorece la dignificación de la persona humana y de todo lo creado (León, 1973, p. 942). El don divino no va en contraposición de la cotidianidad por lo que la acción de Dios que otorga vida al hombre debe ser reflejada constantemente en la historia. La laceración de la dignidad de la vida humana constituye una contraposición al don de la vida que el Señor ha otorgado a la humanidad. De esta manera se comprende que hacer la voluntad de Dios implica siempre una aceptación de la vida, de la vida que se vive en plenitud (Fernández, 2007 p. 1640).

En la plenitud de los tiempos, Aquel que es la vida se manifestó como hombre (Jn 11,25). En Él la comunión de la humanidad con Dios se hace realidad. Se trata de una manifestación plena de la vida como meta del proyecto de salvación de Dios para el hombre. La salvación es entendida como participación en la vida de Dios (Rm 10, 9). El Evangelio según Juan es quizás de los escritos

neo-testamentarios que hace mayor énfasis en Cristo como la vida. Encontramos expresiones como “Yo soy el Pan Vivo” (Jn 6, 51), “Yo soy la Vid Verdadera” (Jn 15), “Yo soy la Resurrección y la Vida” (Jn 11, 25), “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6). Estas expresiones señalan que la vida es la comunión con Dios, de Él procede y a Él se dirige (Fernández, 2007 p. 1293). De ahí que toda opción por la vida es una opción por el Padre, manifestada en el Hijo y constituida en el Espíritu. La vida ya no es una supervivencia según los estándares del mundo sino una existencia conforme a todo aquello que Dios ha dado de sí (Jn 3,16).

En este sentido, Cristo no solo es apertura a la vida sino por compartir la misma dignidad ontológica del Padre y el Espíritu, Él se hace vida para la vida. Sólo por medio del Hijo es posible la comunión absoluta y plena. Las acciones vivificadoras de Cristo recobran sentido por Él en el Espíritu hacía el Padre que devuelve al hombre la imagen restaurada de su dignidad y su propósito. Las acciones salvíficas de Cristo constituyen un impacto y un reconocimiento de la promesa del “Dios con nosotros” en medio de su pueblo. Vale decir que dicho reconocimiento y promesa se logran desde la totalidad del plan de Dios. Por tanto, la identificación con Cristo no se reduce a una filantropía humana sino a recibir la gloria al Padre que ha enviado a Cristo.

Comprender la categoría del Reino de la vida en el Documento de Aparecida también implica entender la vida de los hombres desde su deseo de una vida plena. De este modo nos vemos invitados a un compromiso, no solo a nivel de la sociedad, sino son todo creyente que anhele la vida. Por eso, es importante para nuestros pueblos que la vida humana sea defendida siempre. Este es un fundamento y un derecho que surge en toda sociedad y que es inagotable para los que ven en la vida una oportunidad de encuentro y de lucha contra aquello que genera la destrucción y la muerte.

La comprensión de la vida por parte de los obispos latinoamericanos abarca diferentes dimensiones: cultural, social, personal y familiar. La vida en Cristo implica entonces un desarrollo total y auténtico que promueva la vida de todos los hombres. “Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). Esta vida nueva debe ser anunciada por los todos los discípulos y misioneros a quienes se les dedica el Documento de Aparecida. Estamos llamados siempre a intensificar nuestra respuesta en la fe y la esperanza de anunciar que Cristo ha vencido el mal y el pecado.

Cristo hace plena la vida de los hombres, al ser reconocido como el hombre perfecto que debemos seguir (nuestro ejemplo y modelo) para alcanzar la vida eterna. En Él se hallan los valores plenos de la realización humana. “Él revela y promueve el sentido nuevo de la existencia, y la transforma capacitando al hombre y a la mujer para vivir de manera divina; es decir, para pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida” (DA 335).

Para comprender el Reino de la Vida, debemos comprender en nuestro continente la amplia cultura de la vida, como proyecto del Padre, que no se puede dar sin condiciones que garanticen una vida digna para aquellos abandonados, olvidados y excluidos, que necesitan ser acogidos, aceptados y vinculados de nuevo a la sociedad. “El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte. “El que no ama permanece en la muerte” (1 Jn 3, 14)” (DA 358).

La dignidad humana que nos da el Padre, empieza desde el mismo momento de la creación, al hacernos a su imagen y semejanza. Dice el relato de capítulo primero del Génesis: “vio Dios

todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn 1, 31). Todo lo que viene de Dios adquiere dignidad y vida. Al volver al Padre tiene que regresar de la misma manera. Eso se logra gracias a Jesucristo que es testimonio de amor.

La vida como buena nueva para nuestros pueblos debe comprender la totalidad de la existencia humana, a aquellos que luchan por cuidarla, humanizarla, dignificarla y darle nuevo sentido. Los que con total entrega siempre se ponen al servicio de la sociedad con “el espíritu alegre de nuestros pueblos que aman la música, la danza, la poesía, el arte, el deporte y cultivan una firme esperanza en medio de problemas y luchas” (DA 106).

Jesús y su forma de actuar en el mundo, es la respuesta a la manera cómo desea Dios que se instaure su Reino en medio de la realidad humana. Se trata de hacer presente a Jesús y su Reino a partir de actos concretos que unan la radicalidad del mensaje evangélico con la expresión práctica de la vida nueva en el mundo. La Iglesia latinoamericana busca comprender de esta manera su misión de cara al Reino de Dios: “Recordad a vuestros hermanos y hermanas que el Reino de Dios ya ha llegado; que la justicia y la verdad son posibles si nos abrimos a la presencia amorosa de Dios nuestro Padre, de Cristo nuestro hermano y Señor, y del Espíritu Santo nuestro Consolador” (DA p. 21).

Inferir la manera en que Iglesia latinoamericana desea renovarse, se da desde la relación entre Reino de la vida y esperanza cristiana dándose una integralidad entre lo que acontece en la historia, en el contexto latinoamericano y el desarrollo paulatino de la propuesta dignificante de Jesús y la espera en la realidad futura, que libera a los pueblos de las estructuras de poder, a base de una propuesta de promoción humana. Aunque es más explícita la forma en como la Conferencia de Aparecida narra el acontecer del Reinado de la vida, como propuesta que nos lleva hacia la dignidad humana, es muy interesante observar cómo hay una estrecha relación entre la percepción

del Reinado de vida y la esperanza cristiana; vale decir que esto nace a partir de una reflexión basada en el estudio de la Sagrada Escritura, la Tradición y el contexto moderno y latinoamericano.

Latinoamericana es una realidad que ha sido golpeada, fuertemente por la pobreza. El llamado que hace el Documento de Aparecida, por los más desfavorecidos, lo hace con el fin de crear estrategias que promuevan la dignidad humana a partir de una nueva vida para los pueblos. La Iglesia debe hacer ese llamado desde su condición de profeta y evangelizadora, para que los pueblos actúen ante las situaciones de dolor de la humanidad; esto es lo que verdaderamente trae esperanza, porque las promesas venideras llevan a los cristianos a atender de forma eficaz las necesidades de los pueblos, dando así, una verdadera esperanza y visibilidad de lo que es ser testigos de la vida de los pueblos en Dios.

El propósito del anuncio del Reinado de vida, no está en desligar la Iglesia o la vida de las prácticas pastorales y sociales, antes bien, estas son un motivo de revisión continua a la luz de la predicación de Cristo; ya que la confianza en la realización plena del hombre se encuentra en Dios y no en el mismo hombre, que por su fragilidad quebranta y oscurece su sentido de unidad consigo mismo, con el otro y con Dios. Es así como la Conferencia no habla de una práctica desligada de la vida de los hombres y aquello que Dios ha hecho en la historia, sino que es una respuesta integral desde el mensaje de la Revelación consignado en la Sagrada Escritura y con los contextos de los pueblos, invitando a no perder de vista la opción por la dignificación y promoción humana.

El Documento de Aparecida en continuidad con las anteriores conferencias, es consciente del cambio estructural de las sociedades y recalca el énfasis de hacer Reino de vida desde la esperanza cristiana, es decir, en continuidad con lo que acontece y lo que vendrá. La Conferencia de Aparecida coloca su énfasis en la persona de Cristo y la propuesta de dignificación de humanidad, como proyecto de Dios que se ha realizado y se continúa en la historia de la

humanidad. Vale la pena recordar que para este entonces el Reino de Dios es entendido solo a partir de la persona de Cristo, Él es el Reino eficaz, concreto y venidero (DA 382).

Por esta razón, una de las afirmaciones que impacta en el Documento de Aparecida es la misma realidad de la encarnación y el quehacer de Cristo en el mundo, si en él está la esperanza y el Reinado de Dios, el cristiano ha de ver la vida de Cristo y reflejarla en los contextos que se hace presente; de modo que la sociedad observe el cambio y la consolidación del Reino esperado en el ya, esperando su plenitud (DA 182)

Llama la atención como para el Documento de Aparecida, la consolidación del Reino es posible describirlo en el testimonio de los santos y los mártires; ellos son ejemplo de lo que significa ser servidores del Reino y transparentarlo, pues bien, no solo sus actitudes dejan ver el reflejo de Cristo en su historia personal de vida, sino también, por medio de ellos, se puede observar las transformaciones sociales y la postura crítica que tienen frente a las estructuras que pretenden oscurecer la dignidad de las personas (DA 275).

Con el fuego del Espíritu Santo, avancemos construyendo con esperanza nuestra historia de salvación en el camino de la evangelización, teniendo en torno nuestro a tantos testigos (cf. Hb 12,1), que son los mártires, santos y beatos de nuestro continente. Con su testimonio nos han mostrado que la fidelidad vale la pena y es posible hasta el final. (DA p. 31).

Es claro que el fin de esta Conferencia de Aparecida, es observar la esperanza escatológica del Reinado de Dios, como una realidad que no está pensada solo para las realidades futuras, sino para toda la realidad del hombre; el devenir histórico, el contexto social y político; la esperanza

del Reino de vida, es una esperanza encarnada, tal cual lo dice Aparecida (382). Una esperanza que es concreta en el ahora y no se entiende sin el ya del Reino.

Estos caminos de vida fructifican en los dones de verdad y de amor que nos han sido dados en Cristo en la comunión de los discípulos y misioneros del Señor, para que América Latina y El Caribe sean efectivamente un continente en el cual la fe, la esperanza y el amor renueven la vida de las personas y transformen las culturas de los pueblos. (DA 13)

Los discípulos de Cristo están llamados a apropiarse el evangelio y la misión en pro de la dignificación de la persona humana, su promoción y protección; por lo que evangelizar no solo se trata de transportar un mensaje de un lugar a otro, sino comprometerse vitalmente con ese mensaje y hacerlo eficaz en el momento. Finalmente, la vida relación con el Reino, está en total relación con el encuentro desde una realidad concreta, es decir, que es un encuentro auténtico que se da en vida de los hombres en la historia con Dios.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, R. (2014). La mirada de Jesús sobre el poder. En *Teología y vida*, 55(1), 83-104. <https://dx.doi.org/10.4067/S0049-34492014000100005>

Benedicto VI (2005). *Deus Caritas Est*. Paulinas.

CELAM (2007). Documento conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13-31 de mayo del 2007, (Aparecida, Brasil). San Pablo.

CELAM (2004). *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 26 de agosto- 7 de septiembre de 1968 (Medellín, Colombia). Moderna Impresoras.

Comisión Teológica Internacional (1984). *Temas selectos de Eclesiología*. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_1984_ecclesiologia_sp.html

Conferencia Episcopal de Colombia (1993). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Asociación de Editores del Catecismo.

Chávez M. (1997). *Diccionario Hebreo Bíblico*. Mundo Hispano.

Fernández, F. Ramos (2004). *Diccionario del mundo Joánico*, Monte Carmelo.

Fernández, F. Ramos (2007). *Diccionario de Jesús de Nazaret*. Monte Carmelo.

Gibellini, R. (1998). *La Teología del Siglo XX*. Santander: Salterrae.

Gutiérrez M. (1983). *El hombre en la dinámica liberadora de la esperanza cristiana*. <file:///C:/Users/edwar/Downloads/25076-Texto%20del%20art%C3%ADculo-96916-1-10-20190225.pdf>.

Juan Pablo II (1995). *Evangelium Vitae*. Vaticano.

León-Dufour, Xavier (2002). *Diccionario del Nuevo Testamento*. Desclée de Brouwer.

León-Dufour, Xavier. (1973). *Vocabulario de Teología Bíblica*. Herder.

León XIII. (1896). *Carta Encíclica Satis Cognitum (sobre la unidad de la iglesia)*. https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_29061896_satis-cognitum.html

Metz J. B. (2002). *Dios y tiempo: nueva teología política*. Trotta.

Noemi C, Juan. (2006). Felicidad según la esperanza. En *Teología y Vida*, 47 (2-3), 209 - 218. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0049-34492006000200005

Ochagavía J. (1968). *La Esperanza Teologal*. <https://repositorio.uc.cl/xmlui/bitstream/handle/11534/15119/000407334.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- Pablo VI (1975). *Evangelii Nuntiandi*. Paulinas.
- Pablo VI (1965). *Gaudium et Spes*. San Pablo.
- Parra, F. (2000). *Esperanza Cristiana y futuro histórico*. <https://scielo.conicyt.cl/scielo.php>
- Ramírez A. (2008). La teología de la esperanza. En *Cuestiones Teológicas*, 35 (84), 235 - 254. <file:///C:/Users/edwar/Downloads/5787-Texto%20del%20art%C3%ADculo-10783-1-10-20201028.pdf>
- Ruiz de la Peña J. L. (1996). *La pascua de la creación*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sardi, P. (1983). Vida. En Pacomio L., Arduoso Fr., Ferretti G., Ghiberti G., Moiola G., Mosso D., Piana G., Sereneta I. *Diccionario Teológico Interdisciplinar*. (pp.615-639). Sígueme.
- Sayés, J. A. (2006). *Escatología*. Palabra.
- Shöckel A. (1994). *Diccionario Bíblico Hebreo-Español*. Trotta.
- Tapia A. (2008). Concepción de la muerte en el Judaísmo. En *Revista cultura y religión*. (2), 16-30.
- Tornos A. S.J. (1989). *Escatología II*. Universidad Pontificia de Comillas.
- Ubieta Lopez, J.A (Dir), (2009). *Biblia de Jerusalén*, edición española 4ª. Edición. Desclée De Brouwer.
- Villatoro J. (2017). *La esperanza que no defrauda en un mundo atribulado*. <https://feylibertad.org/2017/02/la-esperanza-que-no-defrauda-en-un-mundo-atribulado-2/>
- Vorgrimler H., & Gugh, V. (1974). *La Teología del Siglo XX*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Westermann (1978). *Diccionario de Teología Manual del Antiguo Testamento*. Cristiandad.
- Zeballos M. (2009). La esperanza de nuestros pueblos. Encuentro con Jesucristo: Compromiso con la humanidad. En *Revista Electrónica de Educación Religiosa, Didáctica y Formación de Profesores (REER)*, 2, 31-37. <http://www.reer.cl/index.php/reer/article/view/20>